BOLSILIBROS BRUGUERA
PUNTO ROJO

los cuervos se reúnen

KEITH LUGER

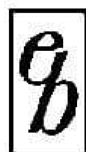


COLECCION

PUNTO ROJO







LOS CUERVOS SE REUNEN

PR Nº 684

Autor: Keith Luger
UUID: a6417416-33fb-4e3d-bf74-176d3bdcf5b5
Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

NO me gustó ninguno de los dos tipos que entraron en mi despacho.

Yo estaba pensando en Mary, una rubia estupenda que iba a caer en el bote. Había quedado con ella citado para las seis de aquella tarde y ahora eran las cuatro y media.

Y a esa hora, como les digo, aparecieron los dos energúmenos. Era la mejor forma de calificarlos. Ninguno de los dos se podía comparar con Mary, desde luego.

Los dos eran altos y fuertes y uno los podía imaginar en bañador, al lado de una piscina, exhibiendo su musculatura, atrayendo todas las miradas del bello sexo. Y naturalmente, podía apostar a que dentro de sus cabezas no habría la menor cantidad de materia gris.

Los dos se cubrían con trajes caros y vestían camisa blanca y corbatas de colores chillones y sus sombreros parecían recién salidos del almacén, y también estaban recién afeitados y antes de que se acercasen a mi mesa me metieron por la nariz el perfume de su masaje.

Los dos se detuvieron a un tiempo, como obedeciendo la orden de un jefe invisible.

El de la izquierda era de cara alargada, ojos oblicuos y boca aplastada.

El otro tenía los pómulos hundidos y en la mejilla izquierda mostraba una pequeña cicatriz.

Habló el primero.

—Usted es Jerry Blake.

—Sí.

—Levántese. Va a venir con nosotros.

—¿Adónde?

—No pregunte. Ya lo sabrá.

Les escupí una carcajada.

—Oigan, ¿saben lo que parecen ustedes? Un par de cómicos en busca de trabajo… Yo no soy agente teatral. Les dieron la dirección equivocada.

Habló el segundo.

—Usted es detective privado.

Dejé de reír, y después de mirarles la cara me eché hacia delante apoyando los codos sobre la mesa.

—Ustedes no me gustan y no les voy a acompañar a ninguna parte.

—No se haga el pesado, Blake —dijo el primero—. Está decidido que tiene que venir, de modo que será mejor que lo haga por las buenas.

—¿Qué es eso de por las buenas?

«Cara Alargada» se llevó la mano al sobaco y antes de que yo pudiese hacer nada me enseñó un pistolón.

Hubo una pausa y luego dijo:

—Esto es las malas.

Vi el negro agujero que me apuntaba a la frente. Aquel instrumento debía disparar obuses y con uno de ellos bastaría para que mi cabeza se desprendiese del tronco. Y me han dicho que eso es una enfermedad muy mala, hermano.

—Óiganme, muchachos —dije con voz conciliadora—; no les conozco a ustedes.

—No, no nos conoce —convino «Pómulos Hundidos»—. Pero eso no hace cambiar las cosas.

—¿No?

«Cara Alargada» sonrió y yo vi sus dientes cortantes como los de un perro de presa.

—Usted se levanta de esa silla y hace el viajecito con nosotros. Ya verá cómo le resulta divertido.

Me quedé de muestra observándoles alternativamente. ¡Infiernos! Les juro solemnemente que yo no los había visto en mi vida, pero conocía su catadura y también sabía qué clase de trabajo

realizaban tipos como ellos. Eran matarifes, verdugos, y tenían por única misión disminuir el censo de la humanidad.

Pero, ¿por qué diablos me elegían a mí como víctima? Allí tenía que haber un error.

—Díganme, chicos —sonreí como le pensaba sonreír a la rubia —; ¿quién les envía?

—Punto en boca, Blake —dijo «Cara Alargada».

Tragué saliva. Cada minuto que pasaba la cosa se ponía peor.

Me pasé el dedo por el cuello de la camisa. Me venía muy estrecho. Tendría que decirle a mi camisero que me ampliase un número. Sí; se lo diría cuando aquellos dos tipos hubiesen acabado conmigo.

Yo guardaba en el cajón de la derecha una pistola. Bueno, todo sería fácil. Los entretendría un poco, sacaría el «quitapenas» y les demostraría quién era Jerry Blake.

—Muy bien, amigos —dije—. Voy a ir con ustedes, pero antes me permitirán que ponga en orden mis cosas. Tengo a mi secretaria enferma y en los dos últimos días he de ocuparme de todo.

Me puse a arreglar unos papeles sobre la mesa volviéndome ligeramente hacia el cajón donde tenía el arma. En eso «Pómulos Hundidos» dijo:

—Usted no tiene secretaria y tampoco tiene que arreglar nada porque resolvió su último caso hace cinco días y desde entonces no le ha llovido ningún cliente.

¿Han probado a tomar una ducha fría en el día más crudo del invierno?

Ese fue el efecto que me produjeron las amorosas palabras del bastardo. Luego «Cara Alargada» rodeó rápidamente la mesa. Supe lo que iba a hacer y tiré del cajón, llegué a meter la mano en el interior y mis dedos rozaron la pistola.

Y entonces el «Empire State» cayó sobre mi hombro.

Me retorcí de dolor y mis ojos se negaron a ver lo que había frente a mí. Sentí cómo las lágrimas resbalaban por mis mejillas.

—Le debes haber roto la clavícula —dijo humanitariamente «Pómulos Hundidos».

—Apenas lo rocé.

El hijo de perra decía que apenas me había rozado y yo estaba allí contrahecho y hasta llegué a pensar que toda mi vida, treinta o

sesenta minutos, la pasaría siendo un inválido.

Cuando mis ojos pudieron ver descubrí que en el cajón ya no estaba el arma.

«Cara Alargada» estaba jugueteando ahora con las dos pistolas.

—Sea buen chico, Blake —dijo «Pómulos Hundidos»—. Sería una verdadera lástima que lo estropeásemos —sonrió, agregando—: Le vamos a conceder tres segundos. ¿Lo entiende? Tres segundos para que eche a andar. Y si deja pasar el tiempo, le vamos a convertir la nariz en algo que usted mismo sentirá vergüenza de llevar.

Quiero mucho a mi nariz. Me puse en pie como pude porque el dolor se transmitía en ondas desde el hombro hasta los talones.

Me cogieron del brazo uno por cada lado, y así fuimos a parar a la calle.

«Cara Alargada» había guardado mi pistola y la suya, pero se había pegado mucho a mí y de vez en cuando hacía notar la dureza del acero que escondía bajo su sobaco.

Y esa fue una forma estupenda para quitarme las ganas de hacer cualquier señal al encargado.

Nos metimos en un coche negro a cuyo volante había un tercer hombre, un tipo de cogote plano y cabello muy rubio.

—Adelante, Tim —dijo «Cara Alargada».

Me encontraba un poco mejor del golpe en el hombro y pensé que todavía era tiempo de convencerlos.

—Estáis cometiendo una estúpida equivocación, muchachos. Yo no soy el fulano que vuestro jefe os mandó enterrar.

Los dos se habían quedado mudos.

—¡Maldita sea! — bramé—. ¡Os estoy diciendo la verdad!

No había nada que hacer. Los tipos parecían haberse convertido en estatuas.

Lo peor de todo es que yo no podía saber por dónde íbamos porque las ventanillas estaban provistas de visillos de un color gris plomo.

Pensé en las probabilidades que tendría de escapar de aquella conejera, pero llegué a la conclusión de que eran totalmente nulas. Yo estaba en medio de los dos tipos y aunque ellos se mantenían quietos, daban la impresión de que de un momento a otro iban a entrar en acción.

Yo no soy ningún alfeñique sino un tipo de talla media, con buenos brazos y piernas que han destrozado más de una cara, pero según mi código, la norma más importante que debe tener en cuenta un detective privado, es la de saber cuándo le toca perder. Y en esta ocasión yo no tenía ningún triunfo en la mano. Ni siquiera en la manga.

El coche disminuyó la velocidad y luego sentí el crujido de la gravilla bajo los neumáticos.

«Cogote Plano» hizo girar el volante, el coche trazó un semicírculo y finalmente se detuvo.

«Cara Alargada» abrió la portezuela de su lado y saltó fuera. Me miró metiendo la mano en el sobaco para imprimir más fuerza a sus palabras. Era un tipo la mar de astuto.

—Baja, sabueso.

Apreté los dientes.

—¿Por qué no hacéis una comprobación? Os digo que…

No pude continuar porque «Pómulos Hundidos», a mi espalda, apoyó el cañón de su revólver en mi nuca.

Era una razón contundente para que yo callase.

Salté fuera y descubrí ante mí, en la difusa claridad del atardecer, una mansión fabulosa. Vi columnas blancas, mármoles y mucha piedra, y al otro lado, un inmenso jardín bien cuidado y allá, a la derecha, una piscina a la que se llegaba recorriendo millas y millas de verde césped.

—Arriba, Blake —ordenó «Cara Alargada».

Me estaba señalando la gran escalinata que conducía a la entrada principal.

Me estiré la chaqueta. ¿Tanta categoría tenía yo que me habían traído a un sitio como aquel para darme el pasaporte?

Todo aquello era muy extraño, pero decidí obedecer.

Subimos al porche, yo siempre flanqueado por los dos verdugos.

La puerta se abrió sin necesidad de que nadie pulsase el botón. El tipo que lo había hecho era un criado de cara reseca y ojos saltones.

—¿Dónde está, Samuel? —preguntó «Cara Alargada».

—Les espera en la biblioteca.

«Cara Alargada» hizo de guía por el amplio vestíbulo.

Las paredes estaban llenas de cuadros y había una gran araña

central que debía pesar varias toneladas y una gran escalera al fondo que se partía en dos brazos.

«Cara Alargada» abrió una pesada puerta y me invitó con la cabeza a que entrase.

Yo así lo hice, pero ellos se quedaron fuera y la puerta se cerró tras de mí.

La estancia estaba iluminada por los rayos del moribundo sol que entraba por un amplio ventanal. Tras de una mesa había un hombre.

Estaba vestido de «smoking». Vi algo en su cara que me resultó conocido. Iba por los cincuenta años de edad y su cabello era castaño aunque por los lados mostraba algunos grises mechones. La frente ancha, los ojos verdosos, grandes y muy brillantes, y la nariz recta. Apoyaba los brazos en la mesa y sus dedos estaban cruzados.

—Siéntese, señor Blake —dijo con voz bien timbrada. Me acerqué a la mesa quedando a media distancia entre dos sillones de alto respaldo.

—¿Qué broma es esta? —pregunté.

—No es ninguna broma, señor Blake —dijo haciendo una señal con la mano para que yo callase, y entonces observé el grueso pedrusco que mostraba en el índice.

Quedé unos instantes sin habla y finalmente ocupé el sillón de la derecha.

—Explíquese, señor…

—Johnson. Marty Johnson.

Su nombre me hizo estirar el cuello. Ahora comprendí por qué su cara me había resultado conocida. Marty Johnson estaba considerado como uno de los grandes jefazos del Sindicato del Crimen. Para ser más exactos, era el tentáculo visible del «Gran Pulpo» en Nueva York. Administraba lupanares, casas de juego, máquinas tragaperras, oficinas de apuestas y hasta se decía que dominaba sindicatos con centenares de miles de afiliados. Todo un ejemplar.

Bueno; la cosa estaba clara. Johnson debía haber recibido algún informe falso acerca de mí. Era cierto que no hubiese vuelto la cara de encontrarme en mi camino con aquella cochambre, pero yo sólo llevaba dos años ejerciendo mi profesión en Nueva York, y hasta entonces, ninguno de mis asuntos me había emparejado con la

gentuza que obedecía a aquel gran preboste del crimen.

—¿Qué tiene que decirme, señor Johnson? —inquirí. Se puso en pie y caminó hacia la ventana. Era muy alto e imprimía a sus movimientos una gran dignidad. Eso resultaba muy gracioso.

Sin volverse, mirando al jardín, respondió:

—Quiero contratar sus servicios, señor Blake.

Si en lugar de eso me hubiese dicho que él representaba a los marcianos y que de un momento a otro iba a empezar la invasión de la tierra, no me hubiera producido mayor impacto.

—Creo que no lo he oído bien, señor Johnson —dije.

—Se lo diré con otras palabras. Yo seré su cliente.

Giró sobre los talones y me miró a los ojos.

—Ya veo que le extraña mucho, pero cuando le explique el asunto comprenderá por qué recurro a usted.

Desde luego, no estaba en mi ánimo aceptar el trabajo que él iba a encomendarme, pero pensé que no perdía nada con oírlo. Cuando terminase de hablar yo le diría que se buscase a otro detective y en los duros días del invierno les contaría a mis hijos que cierta vez, el gran Marty Johnson, el Al Capone de 1960, quiso que yo trabajase para él.

—Verá, señor Blake —se miró las manicuradas uñas—; uno de les hombres que trabajaba para mí me ha resultado infiel. Desapareció hace un par de días de la ciudad y no ha sido posible hallarlo.

Ese también era un buen chiste. Uno de sus empleados se largaba y Marty Johnson, con todo su poderío, no podía dar con él. Algo muy nuevo, sí, señor.

Frunció el ceño sin dejar de mirarse la mano, quizá porque acababa de comprobar que una de las uñas no había quedado bien recortada.

—El tipo se llama Paul Turner y se marchó con cinco mil dólares.

Pensé que Marty Johnson había empezado a estar mal de la cabeza. Él debía ingresar millones semanales y se preocupaba porque uno de sus gusanos se había largado con cinco mil dólares.

—No son los dólares los que me preocupan —dijo.

Quizá esperó que yo le aplaudiese por haber adivinado mi pensamiento, pero me quedé quieto, a la espera, y él cabeceó.

—Se llevó algo más, señor Blake, y eso es lo importante.

—¿El qué? —pregunté.

—Un maletín negro… Dentro de ese maletín hay una colección de fotografías… y las fotografías resultan altamente comprometedoras para mí.

Bien; la cosa empezaba a ponerse despampanante.

—¿Qué es lo que se refleja en esas fotografías?

—Usted no lo sabrá. Sólo quiero que me las traiga, y como están dentro del maletín, usted solamente tiene que traer el maletín.

—Pero Paul Turner puede cambiarlas del maletín a cualquier otro sitio. Es lo normal, ¿no le parece?

—No, Blake. El maletín está lacrado y nadie puede romper el sello.

—¿Por qué no?

—El que se conserve íntegro significa que lo que contiene es absolutamente auténtico.

—Eso no está nada claro.

Volvió a sentarse en el sillón que había tras de la mesa.

—Le pagaré diez mil dólares si usted consigue recuperar para mí ese maletín.

Sentí un nudo en la garganta y estuve a punto de tragarme la nuez. Había dicho diez mil dólares.

Y de pronto recordé que él recurría a mí porque no había podido hacerse con Paul Turner. Y Marty Johnson mandaba sobre mil hombres o quizá fuesen cinco mil.

—Porque yo le puedo indicar exactamente dónde lo podrá encontrar.

Íbamos de sorpresa en sorpresa. De modo que él sabía dónde cazar a Paul Turner y quería que yo fuese el de la escopeta. No me gustó. Palabra que no.

—¿Dónde está, señor Johnson?

—En Los Ángeles.

—Y, ¿por qué no se ha hecho usted ya con él?

—En primer lugar, no sé en qué punto exacto de Los Ángeles se halla Turner, y en segundo término, estoy imposibilitado para echarle el guante en aquella jurisdicción. Si cualquiera de mis hombres fuese visto allá antes de cinco días, me crearía un gran problema. —hizo una pausa—. Usted, señor Blake, como ya le he

dicho antes, tiene que ir allá, atrapar el maletín y traerlo.

—¿No cree que Paul Turner se opondrá a devolverlo?

—Eso va a ser cuenta de usted. Por ello le pago diez mil dólares.

Me arrellané en el sillón y crucé las piernas.

—Tendrá que darme más explicaciones, señor Johnson.

—No las necesita.

—Es su opinión contra la mía y yo soy el que ha de realizar el trabajo.

—Hay muchos detectives en Nueva York que por diez mil dólares harían la faena.

—Sí, pero usted me eligió a mí, señor Johnson.

—Fue algo completamente casual.

—No, señor Johnson. Usted no puede coger la guía telefónica y elegir al azar un detective privado cuando lo necesita. Hay otras razones y yo las conozco.

—¿Sí?

—Usted ha leído en la prensa algo acerca de mí. Soy un tipo que no vuelve nunca la cara. Si me zurran sigo adelante como si fuese a por más y no le hago ascos a clavarle una bala en las tripas a cualquier hijo de perra que se lo merezca. Quizá haya algunos miembros en el Departamento de Policía que no estén conformes con mis métodos, pero en general gozo de su confianza. Y hasta es posible que alguno de los elementos con los que me he enfrentado, haya hecho llegar a sus oídos cómo las gasto cuando he de defender los intereses de mi cliente.

Estaba muy serio escuchando mi discurso y cuando yo terminé, movió la cabeza de arriba abajo.

—Está bien, Blake. No voy a negar que sabía a quién me dirigía cuando le envié a mis dos hombres.

—Ahora quiero las explicaciones.

La venilla de su sien izquierda se hinchó adquiriendo un bonito color violeta, y sus ojos pasaron del verde esmeralda al verde mar. Su puño derecho se cerró y los nudillos adquirieron un matiz lechoso. Por un momento pensé que lo iba a descargar sobre la mesa y a continuación llamaría a sus secuaces para que me llevasen al potro, pero inspiró profundamente y se serenó.

—En Los Ángeles se celebrará dentro de cinco días la convención de la sociedad a que pertenezco. Turner tiene el

propósito de vender las fotos al representante de nuestra sociedad en Los Ángeles. Se llama Lupo Sorrento —hizo una pausa y observé cómo su cabeza se había hundido entre los hombros—. En cuanto Sorrento tenga la mercancía la hará llegar hasta nuestro presidente, y si esto ocurre, será mi ruina.

Me estremecí al oír aquello. Aposté a que la sociedad a que se refería era al mismísimo Sindicato del Crimen. Y esto quería decir que, al cabo de una semana, se reunirían en Los Ángeles todos los tentáculos del pulpo y allá quedarían adheridos a la enorme cabeza.

Y era justamente a esta a la que Marty Johnson temía como lo probaba el hecho de que, en pocos segundos, hubiese perdido la serenidad, porque ahora me miraba de una forma bien distinta. En sus ojos descubrí el miedo.

También había nombrado a Lupo Sorrento, un tipejo que había hecho gastar cubos de tinta a las imprentas de los diarios y que, a pesar de todas las campañas desfavorables, continuaba siendo el hombre de fuerza en la costa oeste de Los Estados Unidos, un tipo que era el gemelo de Marty Johnson, el mandamás de Nueva York.

—¿Lo comprende ahora, señor Blake? —dijo con un hilillo de voz.

Yo tenía decidido renunciar a aquel trabajo, pero ahora pensé en el significado de la convención a que Johnson se refería.

—¿Qué pista tiene para que yo llegue a Paul Turner? —inquirí.

—Ninguna.

—¿Cómo infiernos quiere entonces que yo dé con él? Los Ángeles no es una aldea.

Johnson se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo.

—Turner tiene que estar merodeando por el «Hotel Gambito». Es allí donde se hospeda Lupo Sorrento.

—Usted dijo antes que Paul Turner desapareció hace dos días. Ha tenido tiempo de ir allí y entregarle la mercancía a Sorrento.

—No ha podido hacer eso.

—¿Por qué no?

—Sorrento decidió marcharse del país hace unas semanas. No regresará hasta dentro de cinco días. Nadie sabe dónde se encuentra ahora.

—¿Y usted cree que volverá al «Hotel Gambito»?'

—Sí. No ha cancelado el alquiler del apartamiento.

Yo había visto muchas fotografías de Sorrento y no necesitaba que me lo describiesen, pero me interesaba mucho la cabeza del pulpo.

—¿Cómo es el presidente de su sociedad, señor Johnson?

—No espere que le diga nada.

—Turner puede jugar con ventaja. ¿Y si prescinde de Sorrento y entrega la mercancía al presidente sin pasar por intermediarios?

—No puede hacer esto. Turner no conoce al presidente. Le describiré a Turner.

—Primero quiero conocer al jefazo. Considero que de esa forma será más fácil mi trabajo.

—No me importa que le sea fácil o difícil.

Me puse en pie.

—No me puede contratar en esas condiciones, Johnson. Búsquese otro. Buenas tardes.

Eché a andar hacia la puerta y de pronto él dijo:

—No saldrá vivo de aquí.

Me detuve como si hubiese encontrado en mi camino un precipicio al que pudiese caer si daba un paso más y luego giré lentamente, enfrentándome otra vez con Johnson.

—¿Por qué me amenaza, Johnson?

—Usted ya sabe demasiado. ¿O es que me considera un imbécil? Tiene que hacer el trabajo. Le daré diez mil dólares.

—¿Así que, no me queda opción?

—No, Blake. No la tiene.

Me estiré el lóbulo de la oreja.

—Muy bien, Johnson. Hágame la descripción de Turner.

—Treinta y cinco años de edad, uno setenta y cinco de talla, fuerte complexión, rubio, ojos azules, rostro bien parecido, casi guapo, atlético. Le falta un dedo de la mano izquierda; el meñique.

—Haré lo posible por recuperar su maletín.

—No puede fracasar, Blake.

—Soy un hombre como cualquier otro, y a pesar de todo mi interés, alguna vez ha de dejar de sonreírme la suerte.

—Esta vez ha de sonreírle.

Hubo una pausa entre nosotros dos. Nuestros ojos se miraban. Marty Johnson pasó una yema del dedo por la superficie de la mesa mientras agregaba:

—Usted ya me entiende, ¿verdad, Blake? —miró hacia la ventana—. Todos los días sacan ahogados del río. Todos los días mueren hombres accidentados. Todos los días los «polis» encuentran cadáveres carbonizados…

Era un hermoso poema. Y él era el autor, Marty Johnson, uno de los grandes accionistas del Sindicato del Crimen.

Se hizo un nuevo silencio en la estancia y luego Johnson tiró de un cajón y sacó un gran fajo de billetes.

—Aquí tiene dos mil dólares para los gastos. Si necesita más pídalos. Naturalmente, los diez mil son prima aparte… Quiero que me recuerde usted como su cliente más generoso.

Cogí el dinero que me alargaba y lo guardé en el bolsillo.

—Hasta la vista, señor Johnson.

—Si antes de cinco días no ha recuperado usted el maletín, nos encontraremos en Los Ángeles.

Yo sabía lo que quería decir con eso.

Di media vuelta y salí de la habitación.

Afuera estaba «Cara Alargada» y «Pómulos Hundidos». Alargué la mano al primero.

—Mi pistola, muchacho.

«Cara Alargada» parpadeó y abrió la puerta de la biblioteca. La voz de Johnson dijo antes de que él pudiese preguntar algo:

—Todo arreglado, Andy.

Andy se volvió hacia mí y me dio el arma, que yo guardé en el bolsillo interior. Saqué la mano y me miré el puño. Andy se sintió intrigado y también lo miró.

Entonces descargué un trallazo en su fofo estómago y cuando se doblaba, lo cacé con la zurda en el maxilar inferior.

El tipo desapareció por el hueco que conducía a la biblioteca donde estaba Johnson y se oyó un gran estrépito de cristal roto y sillas desvencijadas.

La voz de Johnson atronó el aire.

—¿Qué forma es esa de entrar aquí, Andy?

Yo no esperé un segundo más. Necesitaba respirar aire puro. Crucé el vestíbulo y salí de aquella casa.

CAPÍTULO II

YO me encontraba tendido en una cama mirando el cielo raso y con mi mano derecha sostenía un cigarrillo. La cama formaba parte del mobiliario del apartamiento número 130 del «Hotel Gambito» de Los Ángeles.

Estaba allí desde la noche anterior y ahora eran las seis de la tarde. Sólo había salido durante una hora para almorzar y otra vez me metí en mi covacha.

Al principio miré de vez en cuanto al teléfono porque era él quien me tenía que dar el aviso para ponerme en campaña, pero la llamada no llegaba, y finalmente, me aburrí y me dediqué a examinar las paredes y el cielo raso.

El hombre que tenía que llamarme era el encargado del registro. Lo había sobornado con cincuenta dólares. No, el señor Sorrento no había llegado todavía. Su apartamiento, el 132, estaba cerrado y lo había estado desde que seis semanas atrás su huésped marchó con rumbo desconocido. No; nadie había preguntado por el señor Sorrento. Yo era la primera persona que lo hacía.

El empleado, que atendía al nombre de Fred Hiks, quedó de acuerdo en que se pondría en contacto conmigo si aparecía cualquier persona preguntando por Sorrento.

Esa era mi idea. Naturalmente, me podía fallar y en tal caso las cosas se pondrían muy mal para mí. Mi cliente, llevaría a cabo su amenaza de eliminarme si le fallaba.

Se desgranó otra hora.

Hacía un calor horrible. Me puse en pie y me preparé un vaso de whisky. Sudé más. Bueno; no me vendría mal una ducha.

Empecé a desabrocharme la camisa y en eso sonó el teléfono. Había estado esperando tanto tiempo que me quedé mirándolo.

Sonó por segunda vez y luego otra y entonces me precipité sobre el auricular.

—Jerry Blake al habla —dije.

—Soy Freddie, señor Blake —oí la voz del encargado en un susurro.

Me contagió su aire misterioso y le contesté con un hilillo de voz:

—Di, Freddie.

—Una mujer acaba de preguntar por Sorrento.

—¿Está ahí?

—Sí, la he entretenido.

—Quiero una descripción rápida.

—Rubia, muy hermosa, veinticinco años, ojos verdosos. Le aseguro que su cuerpo…

—Me interesa más su vestido.

—Va de blanco.

—¿Dijo su nombre?

—No, señor.

—Bueno, Freddie, entretenía otro par de minutos, que allá voy. Cuando me veas llegar, despáchala.

—Sí, señor Blake.

Colgué yo primero y empecé a abotonarme la camisa, muy nervioso. Luego me puse la chaqueta y abandoné el apartamiento.

El ascensor iba de subida de modo que bajé por los peldaños de la escalera de tres en tres.

Poco antes de llegar abajo me detuve escuchando mi respiración jadeante. Me subí el nudo de la corbata y bajé despacio.

El corazón me dio un vuelco al ver que en el Registro no había ninguna mujer. Sólo un hombre y una mujer que parecían un matrimonio y ella tenía el cabello gris ceniza.

Freddie me hizo una señal hacia la puerta de la calle al tiempo que ponía cara de circunstancias.

Solté una maldición para mis adentros e imprimí mucha velocidad a mis piernas.

Salí fuera y miré a un lado y a otro de la calle. Sólo vi a una rubia, pero iba vestida de negro. Ese fue un buen motivo para

continuar con mi repertorio de maldiciones.

De pronto salió un coche de la playa de estacionamiento. Era un «Chrysler» modelo 1960 y al volante iba una rubia con un vestido blanco.

Eché a correr. Yo había pensado en todo y tenía allí aparcado el coche que alquilé aquella misma mañana, muy temprano, cuando los negocios abrieron sus puertas.

Maniobré rápidamente y mi rugiente «Chevry» enfiló hacia el camino que había seguido el «Chrysler». Entre ella y yo se me habían colado dos coches, pero uno de ellos se marchó por Harbor Freeway.

Los tres seguimos por el Bulevar La Brea.

Me empecé a preguntar si la rubia no sería seguida por dos personas y entonces dediqué atención preferente al tipo que conducía el «Jaguar» deportivo. Sólo podía ver su cabeza y de ésta el cogote, porque el cráneo lo cubría con un sombrero de paja.

De pronto la rubia se salió de la pista y fue a detener su coche en la playa de estacionamiento de un hotel. Vi su nombre en la fachada. «Malaya Cove».

El «Jaguar» pareció seguir su camino, pero luego trazó una curva y se fue a detener al final del cordón.

Yo vi un hueco un poco más allá del lugar en donde había quedado el «Chrysler» y lo rellené.

Quedé al volante y encendí un cigarrillo, y en eso vi a la rubia dirigirse hacia el hotel. Balanceaba mucho las caderas y ahora me di cuenta de lo que Freddie había querido decir cuando empezó a hablar de aquel cuerpo. Por detrás era perfecto y empecé a sentir interés por sus medidas delanteras.

El tipo del «Jaguar» avanzó cinco pasos desde la playa en pos de la rubia, pero luego se detuvo y quitándose el sombrero de paja se puso a abanicarse.

Le pude ver perfectamente. Su cráneo estaba completamente mondo y relucía al sol. Se cubría con un traje de paño liviano. Pensé que era nervioso porque a cada momento sacaba la lengua para humedecerse los labios.

Se movió un rato en el mismo sitio, como si vacilase, y finalmente volvió a su «Jaguar» y salió de allí escapado.

Entretanto, la rubia había desaparecido en el hotel.

Yo salté del coche y eché a andar hacia el edificio.

Un conserje muy alto, embutido en su traje verde, me miró con atención.

—Está todo ocupado, señor —me dijo sin hacerle yo ninguna pregunta.

—Está bien, Paul —repuse—, pero yo no vengo a quedarme —vi su mueca de perplejidad y agregué—: Pastemak, el de la «Metro», me citó aquí.

No esperé a oír su respuesta y pasé al interior.

El vestíbulo era muy fresco. El comptoir estaba a derecha y a la izquierda había un corredor muy largo a cuyo fondo se veían palmeras, un trozo de piscina y algunas personas en bañador. Fui hacia allí.

Había un bar a la izquierda. Era muy largo y estaba provisto de altos taburetes forrados de cuero acolchado. La rubia ocupaba el quinto a contar desde el más cercano a la puerta de acceso. Estaba bebiendo un whisky con hielo.

Yo ocupé el cuarto y cuando un tipo de ojos saltones vino por el otro lado, me puse a mirar distraídamente hacia la piscina donde había algunas mujeres que podían mirarse.

—¿Qué va a tomar? —preguntó «Ojos Saltones».

Me volví con el mismo aire distraído, carraspeé y finalmente me fijé en la rubia. Casi me quedé sin respiración. Les juro que por delante daba las medidas.

—Lo mismo que la señorita —murmuré.-

Ella interrumpió su libación para mirarme. Poseía unos ojos verdosos enormes, provistos de sedosas pestañas. Yo le sonreí, pero ella apartó enseguida la mirada.

«Ojos Saltones» puso delante de mí el vaso con los cubitos de hielo. Bebí un trago y me sentí reconfortado. Bien; mi primer paso para acercarme a la hermosa dama había fracasado. ¿Y por qué no era sincero con ella? Bastaría que le dijese: «Oye, nena, me han prometido diez mil machacantes si yo le llevo a cierto tipo un sucio maletín portador de una no menos sucia mercancía. Colaboraremos juntos y tendremos diez mil dólares para gastar en este paraíso, donde tú y yo vamos a ser los únicos habitantes porque los demás nos van a importar un rábano».

Pero eso no era sensato porque ella me tomaría por un chiflado.

Dediqué otra vez mi atención a las bañistas. Justamente en aquel instante se alzó una figura de una hamaca. Era una pelirroja sensacional. Se cubría con un bañador de una pieza y todo en ella era de clase superior. Desde la cabeza a la punta de los pies.

Pude examinarla bien porque se volvió para dejar sus gafas ahumadas en la hamaca y ponerse el gorro de baño, uno blanco. Su piel tenía un color dorado y debía ser como el terciopelo. Su rostro era bello y los ojos muy azules. A su lado no había nadie.

Caminó con paso felino hacia la escalerilla que conducía al trampolín y contuve la respiración mientras subía.

Se acercó al extremo de la palanca y juntó los tobillos. Alzó los brazos al cielo y yo disparé el «flash» de mi cerebro porque quería conservar su imagen mientras tuviese vida.

Luego ella se arrojó al agua. Fue un salto majestuoso, limpio. El agua pareció abrirse para recibiría con un manto de espuma y luego la diosa salió a la superficie y avanzó a brazadas lentas, como si estuviese saboreando la ovación de un público invisible.

En eso oí una voz varonil muy cerca.

—Hola, Judy.

—Gracias a Dios que llegas, Ralph.

—Lo siento, me entretuvo un atasco de tráfico.

Miré al tipo que hablaba con la rubia. ¡Infiernos! ¿es que yo me había metido sin saberlo en el Olimpo?

Ralph era la viva representación de la belleza masculina; pelo rubio ensortijado y guapo como un galán de una revista musical, fornido y muy alto.

Ya no hablaron más. Ralph pagó la consumición de la rubia y ella saltó del taburete.

Echaron a andar y fueron a un extremo de la piscina, ocupando sendas hamacas que había al lado de una mesa.

Y allí se pusieron a hablar. Yo hubiese dado un buen pellizco de los diez mil por conocer el tema de su conversación y empecé a considerar la posibilidad de sobornar a un mozo para que me dejase su chaquetilla blanca.

Hice una señal a «Ojos Saltones». Cuando se acercó saqué la mano del bolsillo con unos cuantos billetes. Aparté dos de a cinco y los puse junto al vaso.

—¿Quién es la rubia? —pregunté.

—Judy O'Connor.
—¿Se hospeda aquí?
—Sí.
—¿Desde cuándo?
—Llegó ayer.
—Y ya sabes su nombre. Eres un chico muy aventajado.
Se relamió los labios.
—No me pregunte por ninguna fea —dijo.
—Seguiremos con los guapos —dijo—. ¿Quién es él?
—Sólo sé que se llama Ralph.
—Eso también lo sabía yo. ¿Vino muchas veces por aquí?
—Con la de ahora, son dos las entrevistas que sostiene con la rubia.
—Dime algo más de ella.
Dio un suspiro mirando los billetes.
—No hay nada más que agregar, pero puedo abrir los ojos.
Pensé que si los abría un poco más se le caerían, pero eso era cuenta suya, de modo que di mi conformidad con un movimiento de la cabeza y le dije que me preparase otro whisky.
Hizo desaparecer el dinero y me sirvió el nuevo whisky. Iba a beber un trago cuando de pronto una mano me quitó el vaso de la mía dando un pequeño tironcito. El brazo era largo, de piel dorada.
Me volví. La pelirroja se estaba bebiendo mi whisky mientras me miraba con sus grandes ojos azules. Estaba chorreando agua y yo deseé que la siguiese soltando durante un buen rato cerca de mí.
Apartó el vaso de los labios y dijo:
—Vaya a la hamaca y traiga todo lo que hay allí.
Lo dijo como si tal cosa y yo estaba tan sorprendido que no me moví una pulgada.
—¿Qué está esperando? —dijo enarcando las cejas—. ¿O es que espera que le den cuerda?
No esperé a que me diese cuerda. Eché a andar hacia la hamaca de donde la había visto brotar minutos antes y recogí su batín, una salida de baño roja muy cortita, las gafas ahumadas y una novela en cuya portada un tipo estaba a punto de clavar el cuchillo en la pechuga de una morena cuyo rostro daba a entender más bien que la estaban obsequiando con una caja de bombones.
Bastante aturdido, regresé junto a la pelirroja con la esperanza

de que me hubiese guardado un poco de whisky, pero se lo había bebido todo. Me miró otra vez y dijo:

—Vamos arriba.

Yo estaba dispuesto a ir con ella adonde quisiese, arriba o abajo, pero todo estaba sucediendo tan aprisa y era algo tan ininteligible para mí, que de nuevo me quedé clavado en el suelo.

Ella ya había dejado el vaso sobre el mostrador y echado a andar.

«Ojos Saltones» nos contemplaba con la boca muy abierta.

La pelirroja se detuvo tres pasos más allá y volvióse.

—Dese prisa o tendré que prescindir de usted.

Por nada del mundo deseaba yo que prescindiese de mí. Moví las piernas y me puse a su altura.

Mientras caminábamos hacia el ascensor, pensé en varias cosas. Primero: que yo había agotado diez dólares sin haber sacado ninguna información acerca de la pelirroja. Segundo: que la pelirroja estaba loca. Tercero: que estuviera como estuviese, yo haría lo que ella me pidiese sin rebasar las normas de urbanidad que me enseñaron en el colegio.

El ascensorista, un tipo de cabello cortado a cepillo, midió a mi chica de pies a cabeza y yo sentí deseos de meterle las gafas por la boca.

Salimos en el cuarto piso y mi acompañante se detuvo ante la puerta marcada con el número cuarenta y siete.

—En el bolso está la llave —dijo.

Saqué una polvera, un lápiz labial, un encendedor de oro y una boquilla y por fin le llegó el turno a la llave.

Abrí la puerta y le cedí el paso.

Entramos en un living y ella dijo:

—En el mueble del televisor encontrará botellas. Prepáreme un whisky.

Desapareció en una habitación y yo permanecí un rato con la mirada fija en la puerta que se había cerrado tras la hermosa.

Dejé en un sillón la salida del baño, las gafas y la novela y fui al mueble que ella me había indicado y preparé dos whiskys. ¡Qué diablos, yo lo necesitaba más que ella!

De pronto la puerta se abrió y apareció su largo brazo del color de la miel y sus dedos se movieron.

—Vamos, tráigame ese vaso.

Se lo llevé y lo puse en la mano, pero aproveché mi oportunidad para pasar la yema de mi dedo sobre su muñeca. Era un poco de juego sucio.

Ella dijo:

—Quítese ese papel de lija.

Luego su mano desapareció y la puerta quedó otra vez cerrada.

Me miré el dedo y me toqué la piel. Nadie se me había quejado hasta ahora, pero prometí darme un baño de ultravioleta a la primera ocasión.

Di una vuelta por la estancia, pero sólo pude encontrar otras seis novelas similares a la que ya conocía. Títulos así como: «Amor y degüello», «La mujer de tres hombres», «Dame veneno, dulzura»…

Apuré el contenido del vaso y me serví más whisky por aquello de que debía estar a tono. Pensé que, al fin y al cabo, yo tenía localizada a la rubia y que, de momento, no podía hacer nada por acercarme a ella.

Cuando hube satisfecho mi conciencia me senté en un sillón, crucé las piernas y encendí un cigarrillo, teniendo siempre a mano el vaso.

Mi localidad era de primera fila y ella tenía que aparecer por el frente.

Transcurrieron cinco minutos y luego otros cinco.

Crujió la puerta y ella salió.

Se cubría con un vestido rojo, y eso era un decir porque la tela se adhería a sus formas como una segunda piel. El escote era en uve y los breteles muy delgados de forma que mostraba sus largos brazos al desnudo desde el hombro hasta los dedos. Su cabello estaba recogido en la nuca.

Nos miramos durante irnos segundos y ella dijo:

—Levántese.

Me puse en pie y ella dio una vuelta a mi alrededor observándome pulgada a pulgada.

Pensé que ya era hora de que yo dijese algo.

—Hoy vine con todas las piezas.

Me miró levantando ligeramente la barbilla.

—No lo parece —dijo.

Con que no se lo parecía, ¿eh? Empecé a quitarme la chaqueta y

entonces ella dijo:

—No me refería a sus piezas.

—¿Qué es lo que no parezco, entonces?

—Un gorila, un matón.

Me han confundido unas cuantas veces, pero desde luego nunca ocurrió que me tomasen por un tipo como «Cara Alargada o «Pómulos Hundidos».

Se fue al bar, y de espaldas a mí, mientras se preparaba un whisky, preguntó:

—¿A cuántos ha matado en su vida?

Le dije la verdad.

—A seis.

Eran seis asesinos, seis reptiles, a quienes yo había despachado y, por cuyo trabajo, a nadie se le había ocurrido erigirme una estatua.

Se volvió otra vez hacia mí.

—Creería que está mintiendo si no supiese quién es el hombre que lo envía.

De modo que ella lo sabía. Era así de lista. Decidí que era un juego muy divertido y yo no tenía ningún motivo para interrumpirlo.

Bebió un trago y me observó una vez más, ahora con las cejas enarcadas.

—¿Casado?

—No.

Sus ojos brillaron un poco. Sólo un poco. Pero brillaron.

Se sentó en un sillón y cruzó las piernas con un revoloteo de la falda.

Conocía sus piernas, pero las miré como si las viese por primera vez.

—¿Cómo te llamas? —fue la siguiente pregunta.

Me la quedé mirando. ¿Y si ella conocía el nombre del tipo con quien me confundía? Eso lo echaría lodo a perder.

Sonreí por la comisura de la boca, como lo había visto hacer a los tipos de las películas, y luego dije filosóficamente:

—¿Qué es un nombre? Nada… Pero puedes llamarme Jerry.

—¿No te dijeron que debías tratarme con respeto?

Yo le había correspondido tuteándola, pero lo que ella acababa

de decir no lo sentía realmente porque no estaba ofendida. Su protesta me pareció totalmente desprovista de fuerza coactiva.

Le sonreí otra vez.

—No he visto una pelirroja como tú desde el último verano.

Sus ojos brillaron otra vez. Ahora más que antes. ¡Infiernos, yo era un tipo estupendo!

—Eres muy valiente, ¿verdad, Jerry?

—Todos los que me conocen lo saben.

—Y para ti no existe ningún límite.

—Muy pocos, pequeña —repuse yendo hacia ella.

Cuando estuve a su lado, me envió con sus pupilas una andanada de cien mil voltios.

Me senté en el brazo del sillón y por puro capricho enredé mi dedo índice en un bucle de su cabello rojizo.

—Si yo estuviese en tu lugar haría una cosa —dijo ella.

—¿El qué, nena?

—Echaría a correr y no pararía hasta llegar a la Patagonia.

—Nunca me han gustado las carreras de fondo.

Levantó la cara y vi cómo palpitaban las aletas de su nariz.

—Escúchame, Jerry; apenas hace unos minutos que nos conocemos y existe entre nosotros una corriente… de simpatía…

Voltios, voltios, voltios.

Me agaché sobre ella.

—Eres un portento, nena.

Mi boca estaba a muy pocas pulgadas de la suya.

—Te estoy hablando en serio, Jerry.

Yo también iba en serio, pero de pronto ella levantó la mano y la apoyó en mi pecho estableciendo un muro entre los dos.

—Aún tienes tiempo de marcharte, Jerry.

—Ese no es mi deseo.

—Mi abuela me dio un consejo. «No empieces nada que no puedas terminar».

—Tu abuela era una chica muy lista y hubiese hecho buenas migas con mi abuelo. ¿Sabes lo que me dijo él? «No te detengas nunca cuando hayas empezado.»

—Oh, Jerry, no es momento para bromas… Tienes una fácil salida, puedes pedir que te dediquen a otro trabajo.

Sus palabras me dejaron un momento en suspenso. ¿A quién le

tenía que pedir yo que me dedicase a otro trabajo? ¿Qué clase de lío era aquel? ¿Qué tipo era el que ella estaba esperando en la piscina cuando yo me crucé en su camino? Decidí saberlo.

Le cogí la mano con la que mantenía fuera de juego y se la apreté suavemente.

—Oh, Jerry —dijo—. No es papel de lija.

Y tanto que no lo era. Ahora Vi claramente que había posibilidad de un beso y me dispuse a dárselo.

De pronto la puerta se abrió de golpe.

La pelirroja lanzó un gritito y retrocedió en el sillón alejándose de mí. Sus ojos empezaron a abrirse mucho mirando hacia la puerta que se acababa de abrir.

Yo solté una maldición para mis adentros mientras giraba la cabeza. Diablos, lo que vi allí justificó el por qué mi diosa se había asustado. Era un tipo grandote que debería medir uno noventa y cinco y todos sus huesos estaban llenos de músculos y su cabeza era poderosa y en su cara había unas cejas espesas y unos ojos negros de mirada fiera. Su nariz chata de nacimiento, pero los golpes la habían aplastado más. Su boca estaba entreabierta y eso era debido a que lo que había visto en la habitación lo había pillado de sorpresa.

—¡Caramba! —exclamó cuando pudo hablar—. De modo que, pegándosela al patrón, ¿eh, señorita Brean?

La señorita Brean me miró a mí, miró al gorila y luego otra vez a mí. Entonces me apuntó con el dedo.

—¿Quién es usted?

—Ya te lo dije; Jerry.

—Entonces… ¿No fue enviado por él?

El grandullón soltó una risotada y cerró la puerta.

—No intenten hacer ninguna comedia —dijo.

'La señorita Brean me seguía mirando perpleja.

—¡Santo cielo! Usted está loco —dijo—. ¿Por qué siguió adelante, Jerry? Debió advertirme, que yo me confundía.

Le sonreí.

—No lo habría hecho por nada del mundo.

El gorila enseñó los dientes.

—Ven aquí, mequetrefe.

Hice chasquear la lengua.

—Oye, chico —le dije—; ¿nadie te enseñó que se debe llamar a las puertas?

—Entonces no hubiese visto lo que pasaba aquí.

—No pasaba nada, grandullón. Sólo intentaba quitar un pedrusco del ojo de la señorita Brean.

—Tienes una forma muy rara de quitar pedruscos, mequetrefe. Si yo tardo un segundo más, la hubieses besado.

—Era para ponerla en situación antes de soplar.

—Te voy a hacer pedazos. Sólo puedo decir esto; que te voy a hacer pedazos.

Aquel animal sería capaz de hacerlo. Vino hacia mí andando muy lentamente y yo me erguí en el sillón.

Cogí rápidamente el vaso de whisky de la mesa ratona y lancé su contenido a la cara del bicho.

El tipo era lento de movimientos, tal como había imaginado, y recibió la ducha en plena cara. Soltó una imprecación mientras quedaba cegado unos instantes y yo pensé que era un buen momento para escapar.

—Ya nos veremos, nena —dije mientras echaba a correr hacia la puerta.

Pero había subestimado al gigantón. Sentí como su zarpa se clavaba en mi brazo cuando pasaba por su lado.

Tiró de mí como si yo fuese un muñeco atrayéndome contra él.

—¡Suéltame! —dije.

Rio en mi cara con los ojos muy abiertos mientras aumentaba la presión de sus garfios.

Empezó a dolerme el hueso y pensé que tenía que hacer algo para evitar que me lo partiese.

Le clavé la rodilla en el bajo vientre y me soltó como si yo fuese un pedazo de hierro incandescente.

Me envió un viaje con la izquierda, pero yo me agaché rápidamente y lo solté un trallazo en el estómago.

Le hizo el mismo efecto que si lo hubiesen acariciado.

Yo había quedado en mala posición, ligeramente agachado, y el tipo me golpeó con el martillo pilón que era su brazo derecho.

Tuve la impresión de que me enterraba unos cuantos pies en el suelo.

Le gustó el golpe y fue a intentarlo otra vez. Yo estaba más

agachado que antes y nunca podría llegar a rozarle siquiera con mis manos. Sólo tuve un camino y lo empleé.

Salté sobre él y conseguí pegarle un testarazo en el plexo solar.

Los dos caímos al suelo entre los grititos de la señorita Brean.

Yo me levanté mucho antes, seguro ahora de que había cobrado una ventaja decisiva, pero el orangután alargó una mano y me atrapó por el tobillo arrastrándome otra vez al suelo. Quedé de bruces y él entonces empezó a retorcerme el pie.

Mis dientes rechinaron de dolor.

Vi la cara de la pelirroja. Sufría por mí y me pregunté si después de muerto me llevaría luto.

Solté un patadón con la pierna libre y di en el blanco porque mi enemigo me dejó de nuevo.

Ambos nos levantamos resoplando.

—Ya me has durado bastante —dijo—. Se acabó, mequetrefe.

Estaba tan seguro de que iba a acabar conmigo que avanzó sobre mí con los brazos caídos a lo largo de los costados, aunque eso sí, con los puños cerrados listos para machacarme.

Hinché los pulmones de aire y le descargué en su hígado el puñetazo más fuerte que yo he dado en toda mi vida.

Se quedó clavado, pero echó el puño hacia atrás, el derecho. No; tampoco mi golpe le había producido efecto.

Bueno, eso es lo que creía porque, de repente, hizo una mueca, y sus piernas empezaron a doblarse.

Le lancé mi izquierda al mentón y sonó un terrible chasquido, como el que produciría la rotura completa de toda la vajilla de Rockefeller.

Se fue hacia atrás, golpeó la espalda contra la pared y deslizóse suave y silenciosamente en el suelo.

Allá quedó inmóvil con los ojos en blanco.

Miré el puño con el que había rematado la faena y lo vi despellejado, con un poco de sangre.

—¡Oh! —oí decir a mis espaldas.

Me volví sonriente.

—Ya acabaron las dificultades —dije.

La señorita Brean cerró los ojos mientras se cogía las dos mejillas con las manos.

—¡No sabes lo que has hecho, Jerry!

—No me gustaron nunca los entrometidos. Podemos continuar donde nos interrumpieron.

Di un paso acercándome, pero ella retrocedió como si le hubiesen dicho que yo era una nube radioactiva.

—¿Qué te pasa, nena? He sido el vencedor.

—¡Ese hombre vino para cuidar que nadie me molestase! —tragó saliva—. Para asegurarse de que soy fiel a un hombre.

—Tu marido, ¿eh?

—No, Jerry, yo no soy casada. Es peor que eso. Soy la novia de Lupo Sorrento.

Yo estaba sonriendo en aquel instante, pero poco a poco quedé serio porque empecé a sentir la sensación de que las cosas se estaban poniendo muy feas.

—Lupo Sorrento —repetí como un sonámbulo.

—Sí, Jerry… Todas las semanas me envía un guardián distinto porque quiere evitar que ellos tomen confianza conmigo, y hoy justamente fue el día del relevo… Sorrento los uniforma en cierto modo. Todos llevan traje gris y corbata azul, igual que tú… Por eso cuando te vi no tuve duda de que eras mi nuevo vigilante.

—Sí, nena —dije porque no sabía qué decir.

—Anda, sal del hotel, de la ciudad, del Estado.

Por fortuna se detuvo ahí. Era un tipo de suerte No tendría que marcharme a Cabo Cañaveral para que me largasen de la Tierra.

Me cogió del brazo y me empujó hacia la puerta.

—Márchate antes de que ese hombre recupere el sentido.

—¿Y dejarte a solas con él? —desprendí su mano—. ¡Oh, no pequeña!

—Sabré arreglarlo cuando tú hayas desaparecido. Le diré que eres mi primo Jerry. Me trajiste noticias de la familia… Él no dio tiempo a dar explicaciones.

Abrió la puerta.

El gorila empezó a emitir murmullos y a dar cabezadas. Un minuto más y estaría listo para volver a empezar.

Cogí a la señorita Brean por la barbilla.

—¿Está Lupo en la ciudad?

—No.

—¿Dónde está?

—No lo sé, Jerry, pero eso es lo que menos importa… Celebro

haberte conocido y adiós para siempre.

El orangután soltó un gruñido más claro.

Pasé mi brazo por el talle de la pelirroja y la besé en la boca. No fue como debía ser, pero no era culpa mía, si no lo hacía mejor.

Luego, sin decir a ella nada, salí del apartamiento y eché a andar por el corredor.

La señorita Brean invirtió más de cinco segundos en cerrar la puerta. Después de todo, yo no lo había hecho tan mal.

CAPÍTULO III

LA rubia continuaba en el otro extremo de la piscina, pero «Muchacho Perfecto» se había ido.

«Ojos Saltones» estaba hablando algo con un cliente, pero al verme interrumpió la conversación y se vino muy alegre hacia el taburete donde yo me había sentado.

Me observó las enrojecidas orejas y un arañazo que tenía en la mejilla.

—Las hay fieras —comentó.

Se equivocó si creía que le iba a dar tema para el chismorreo.

—¿Cuándo se fue el rubio? —fue lo que pregunté.

—Hará unos diez minutos —contestó mirando hacia la parte donde se encontraba Judy, y luego me sonrió—. Oiga, usted es un tipo inquieto.

—Necesito un whisky.

Me lo sirvió muy aprisa y se inclinó sobre el mostrador para decirme en voz baja:

—Yo me quedaría con la pelirroja.

—¿Desde cuándo está ella aquí?

—Unos dos meses.

—¿Y quién es el amigo?

—¿Todavía no lo sabe? Agárrese, se va a caer del taburete —hizo una pausa—. Lupo Sorrento.

De modo que no me había engañado. Todo resultaba muy divertido. Yo debía recuperar el maletín que Turner había robado a Johnson y tenía que llevar a cabo mi misión antes de que Turner se pusiese en contacto con Sorrento y justamente había ido a dar con

la amiga de Lupo.

«Bueno, muchacho. Piensa un poco. Judy, la rubia, fue al «Hotel Gambito» a preguntar por Lupo y después te trajo aquí que es el hotel donde ella se hospeda, el mismo que Sorrento eligió para colocar a la pelirroja. Así, pues, la rubia abarca los dos lugares en donde Sorrento se podría dejar caer».

Sonreí al convencerme de que yo era un tipo muy inteligente. Estaba claro. Judy, la rubia, ponía excesivo interés en todo lo que se relacionase con Sorrento, y si yo estuviese en lugar de Turner, elegiría un mensajero para establecer contacto con el rey del hampa de la costa del Pacífico.

Era como sumar dos y dos. De acuerdo con todo mi raciocinio, la rubia y Turner trabajaban juntos.

Alcé mi vaso de whisky brindando por mi talento.

«Ojos Saltones» se había marchado en vista de que yo no le daba cuerda.

Me volví en el taburete y observé otra vez a Judy. Estaba tranquilamente echada en el respaldo de su hamaca con el vaso de Martini en la mano, mirando a los bañistas.

Pasaron otros cinco minutos y de pronto ella se puso en pie, cogió su bolso y echó a andar.

Judy pasó por frente a mí sin mirarme y le concedí toda la ventaja necesaria.

Dejé un billete de cinco dólares sobre el mostrador para pagar mi consumición.

Cuando se hubo perdido en las sombras del corredor, fui en pos de ella.

Pensé que iba a salir del hotel, pero me equivoqué. La chica tomó su llave del comptoir y se introdujo en el ascensor.

Vi cómo las puertas se cerraban y el artefacto se ponía en movimiento.

Encendí un cigarrillo y lancé unas cuantas bocanadas de humo.

Cuando la jaula regresó, yo era la única persona que estaba a la espera. El ascensorista era el mismo tipo de antes, el que se había comido con la mirada a la pelirroja.

Pasé dentro y cuando él cerró se dispuso a apretar el botón correspondiente a la planta donde la señorita Brean se hospedaba. Era también muy listo, pero yo le dije:

—El último piso.

Pulsó el botón más alto e iniciamos la ascensión.

Saqué mi varita mágica, el fajo de billetes que poco a poco disminuía de tamaño.

Aparté un billete de cinco dólares y luego otro. El muchacho siguió los movimientos de mis manos.

—He cambiado de idea y me gusta más la rubia — dije.

Atrapó los dos billetes y se los metió en el bolsillo

—Su nombre es Judy O'Connor y el apartamiento el 78. El fulano se llama Ralph.

—¿Ralph qué más?

—Sólo Ralph.

Empecé a pensar que estaba tirando demasiado aprisa mi dinero.

—Se llevan algo entre manos —dijo.

—¿Cuál de los dos?

—Ella, naturalmente.

—¿Por qué lo crees así, muchacho?

—Está muy nerviosa, y tengo experiencia, ¿sabe? Cuando una mujer no puede contenerse es porque está metida en algo no muy limpio.

A mí me había parecido muy tranquila.

—¿Cuándo se ha puesto nerviosa?

—Anoche substituí a un amigo en el servicio de camareros. La señorita O'Connor llamó pidiendo que le sirviesen un whisky doble. Era mi turno. Pegué dos golpes en la puerta y pasé al interior sin esperar su autorización. Es la costumbre, ¿sabe? Ella estaba hablando por teléfono y se revolvió furiosa cuando me vio aparecer. Dijo algo relativo a que se quejaría a la Dirección. No cubrió el auricular y la oyeron a la otra parte. Entonces ella dijo algo así como: «No es nada, querido. Un mozo impertinente… Ya te llamaré mañana. No tienes que preocuparte, todo marcha… bien».

—¿Sólo eso?

—Nada más.

—¿No dio ningún nombre?

—No, lo oí perfectamente y no dio ningún nombre.

—¿Cuál es el tuyo, muchacho?

—Ed Morris.

—De acuerdo, Ed, pero por diez dólares creo que tengo derecho

a saber algo más.

—Puedo hablarle de una morena que hay en el primer piso, pura dinamita.

—No, gracias. Ahora sólo me interesan las rubias y las pelirrojas.

—Usted tuvo demasiadas agallas al meterse con la señorita Brean.

—Todo salió a la perfección.

—No se descuide. Si Sorrento se entera, yo no daría un centavo por su piel.

—¿Qué hay de Sorrento?

—Viene muy de tarde en tarde a verla y cuando él está aquí no consiente que los mozos entremos en el apartamiento. El servicio se lo traen sus propios hombres. Y apuesto a que les hace beber para probar si el vaso está envenenado.

—¿Trajo Sorrento anteriormente aquí a alguna otra amiga?

En ese instante llegamos a lo alto y el ascensor se detuvo. Ed apretó el botón de bajada y prosiguió:

—Hubo una rubia platino llamada Mary y luego una morena con un nombre muy raro… Wanda, eso es. Y luego le llegó el turno a Gladys Brean.

—¿Tienes ideas de cuándo vendrá Sorrento?

—No me meto en nada que se refiera a Sorrento. Quiero morir de viejo, ¿entiende?

—Sí, lo comprendo, pero, ¿qué más da morir de viejo si no se tiene dinero?

Sumé otros cinco dólares a mi última inversión de diez mientras agregaba:

—Ten los ojos abiertos, muchacho.

—Los tendré —me sonrió.

—Mi nombre es Jerry Blake —a continuación le di mi dirección del «Hotel Gambito»—. Llámame allá si supieses alguna cosa relacionada con la rubia o la pelirroja. Si yo no estuviese le dejas el recado a Freddie.

—Conozco a Freddie. Descuide; si pasa algo, usted será el primero en enterarse.

Llegamos abajo y me despedí de mi espía.

Fui a la playa de estacionamiento y vi en su sitio el coche de la rubia. Yo me senté ante el volante de mi «Chevry» y me puse a

fumar porque no tenía otra cosa que hacer.

¿Se han puesto ustedes alguna vez a esperar a alguien? No puede compararse por una cita que nunca llega. Hay que ser detective privado para saber lo que es esto.

Consumí seis cigarrillos y el sol fue descendiendo lentamente sobre la tierra.

Me puse a soltar imprecaciones porque había tenido tiempo suficiente para haber echado algún alimento al estómago.

Finalmente ella salió. Judy, la rubia.

Ahora no vestía de blanco, sino de rojo, mi color favorito. Y el rojo le sentaba tan estupendamente como el blanco.

No miró una sola vez hacia la parte que yo estaba.

Se metió en su «Chrysler» y lo puso en movimiento.

Pasamos unas horas muy divertidas. Judy entró en un bar de la calle Figueroa. Permaneció treinta minutos sentada a una mesa mientras yo libaba en el mostrador y luego se marchó sin que nadie hubiese acudido a su lado.

Reemprendimos el paseo. Ya era de noche cuando se metió en otro bar. Esta vez le tocó el turno al «Canario», en la calle Flower. Aquí fue un poco más original. Hizo una llamada desde una de las cabinas telefónicas, pero sólo invirtió unos diez segundos en ello y yo pensé que no había podido hablar con la persona que le interesaba porque se encontraba ausente.

Se sentó en un taburete mientras yo me introducía en la cabina para comprobar que el teléfono no estaba averiado. Llamé a un desconocido y le dije que cualquier día de estos pasaría por su oficina para corrernos una buena juerga como en nuestros viejos tiempos.

Cuando salí fuera, Judy estaba empeñada en quitarse de encima un moscón. El tipo era de los pesados, pero yo no quise tomar parte en el negocio. Si eso hubiese ocurrido antes de conocer a la pelirroja, habría aprovechado mi oportunidad, pero ahora no me interesaba.

Finalmente, Judy pensó que solamente habría una forma de librarse de su admirador y la puso en práctica. Pagó y se fue.

Dimos una vuelta por Pershing Square y tuve la esperanza de que ella descendiese para encontrarse con alguien en los jardines, pero aunque Judy condujo a una velocidad moderada no se detuvo

en ningún instante.

Eran casi las ocho y media de la noche cuando regresamos al hotel «Malaya Cove».

Judy estacionó el «Chrysler» y se fue a su apartamiento. Poco después, cuando el ascensor regresó, pude ver que el encargado de su manejo ya no era Ed Morris sino otro fulano delgado de cara caballuna.

Fui rápidamente al bar en donde tampoco vi a «Ojos Saltones». Pedí dos bocadillos y una botella de cerveza y me fui al «Chevry».

Después de despacharlo todo fumé un cigarrillo.

Esperé tranquilamente y siguió sin ocurrir nada. Enfrente del hotel había visto un bar y, después de observarlo unas cuantas veces, llegué a la conclusión de que desde allí podría vigilar si no la entrada del hotel, al menos el coche de Judy.

Fui allí y comprobé que no me había equivocado. Bastaría con que permaneciese en el extremo del mostrador más cercano a la puerta para que pudiese observar si alguien se acercaba al coche.

Tomé un café, y cuando me encontré aburrido, un whisky. De esa forma se hicieron las once de la noche. Entonces tomé una decisión. Pasé a la cabina telefónica y llamé al hotel «Malaya Cove». Cuando se puso el hombre del registro dije:

—Oiga, amigo, aquí Clark Perkins, de la Redacción del «Star». Quisiera hablar con la señorita O'Connor.

—Lo siento, señor Perkins —me respondió una voz amable—. Recibimos orden de la señorita O'Connor de que no se la molestase.

Le di las gracias y colgué.

Permanecí pensativo. Bueno; si yo no me equivocaba, ella tenía que ponerse al habla con Sorrento, pero como el gángster no estaba en la ciudad tendría que esperar. Así las cosas, ella estaría durmiendo porque no tenía otra cosa que hacer.

Cuando hube hecho tan estupendas deducciones regresé al «Hotel Gambito».

Recogí en el comptoir la llave de mi apartamiento y subí en el ascensor silbando una bonita canción. Pensaba en la pelirroja. Yo también me quedaba con ella.

Entré en mi apartamiento y di la vuelta al conmutador de la luz.

Yo seguía silbando, pero de pronto me interrumpí porque en el vestíbulo me estaba esperando alguien.

Era un hombre y estaba echado sobre un brazo del sillón. Yo no lo había visto en todos los días de mi vida. Parecía dormido. Seguramente se había cansado de esperar. No era un detective privado como yo, acostumbrado a esa clase de trabajo.

Pero entonces empecé a fijarme bien en su cabello, en su cara y en todo lo demás y el corazón me dio un vuelco. Aquel fulano correspondía a la descripción de Paul Turner.

Tragué saliva y di dos pasos hacia él. Y entonces vi un trozo del puñal que tenía clavado en la espalda y con el que lo habían dejado seco.

CAPÍTULO IV

BIEN; ya lo tenía allí. Este era el hombre que yo tenía que encontrar y estaba sentado en el vestíbulo de mi apartamiento. Turner había sido la mar de amable y decidió ahorrarme tiempo.

Pero naturalmente, no había traído consigo lo que a mí más me interesaba; el maletín que había robado a Marty Johnson. ¿Y si lo había traído y se lo limpió el que lo había trinchado?

Registré el cadáver. Tal como suponía, sus bolsillos estaban vacíos. No le habían dejado ni un mondadientes.

Examiné la herida. Turner debería llevar muerto entre dos y tres horas.

«¿Qué vas a hacer ahora, muchacho? Tienes un cadáver para tu uso particular. Bien; has leído muchas veces que no es difícil deshacerse de un muerto. Sólo tienes que llegarte a la farmacia de la esquina y comprar unos cuantos cubos de ácido sulfúrico. Los vuelcas en el baño, coges a Turner por los sobacos y lo dejas caer.»

Sí; eso estaba bien, pero, ¿qué iba a decir la dirección?

Tenía otro procedimiento a mano. Le pondría mi sobretodo, mi sombrero de fieltro y sacaría a Turner de allí como si estuviese borracho. Luego lo llevaría a cualquier lugar alejado unas cuantas millas de Los Ángeles.

Pero también surgió un inconveniente. Habría mucha gente que me vería en su compañía, empleados del hotel, el encargado del registro que ahora ya no era Freddie, y eso sería como decir: «Señores, yo lo he matado».

Seguí pensando.

Por último se me ocurrió el tercer medio. Hallar al asesino. Eso

era mejor aunque lo más difícil.

Apagué la luz y abandoné el apartamiento. Justamente cuando daba la vuelta a la llave oí pasos por el corredor.

Me volví sobresaltado, pero al instante respiré tranquilo porque el que estaba allí era un botones. Acababa de salir del apartamiento ubicado al fondo del corredor, y se disponía a descender por la jaula de servicio.

—Eh, muchacho, espera —le dije.

Me metí con él en el ascensor y me miró un poco perplejo. Era un muchacho de unos veinte años, de estatura regular y cara aplanada.

—¿Has atendido esta planta durante la tarde? —pregunté.

—Sí, señor.

Yo no recordaba haberlo visto y pensé que él tampoco daba impresión de reconocerme a mí como a un huésped del hotel.

—¿Hiciste algún servicio al ciento treinta?

—No, señor. El ciento treinta no ha llamado desde que entré de turno a las seis.

Asentí sonriendo y le ofrecí un cigarrillo que él aceptó. Mientras le alargaba la llama del fósforo dije:

—Estuve en el ciento treinta, pero no encontré a nadie.

—¿Está seguro?

—Sí. ¿Por qué?

—Vi entrar a alguien.

—¿Utilizando la llave?

Me observó parpadeante y decidí que había llegado el momento de enseñarle el color de mi dinero. Le di un par de billetes de a cinco. Si la cosa seguía así, tendría que echar mano a nuevos recursos. Carraspeó diciendo:

—El hombre a quien yo vi entró en el apartamiento porque le abrieron la puerta. Vi bien cómo alargaba la mano llamando señor Blake al que estaba dentro.

—¿Cómo?

—Señor Blake —repitió— es el huésped del apartamiento ciento treinta al que usted se refiere.

—¿De modo que Blake le abrió a su visitante?

—Sí, señor —dijo mirándome como si yo hubiese perdido un tornillo.

—¿Quieres describirme a ese visitante?

El botones se quedó pensativo.

—Podría tener de treinta y dos a treinta y ocho años de edad, de talla un poco superior a la normal, cabello rubio y rostro agradable.

Sí; todo concordaba. Otra vez me estaban describiendo a Turner.

—¿No viste a Blake?

—No, señor. No lo vi.

Yo también me puse a reflexionar. Lo habían planeado bien. Un tipo había ocupado mi apartamiento valiéndose de una llave maestra y después, pasándose por mí, tendió una buena trampa a Paul Turner. Este acudió a la cita y ya podía estar seguro a que lo hizo llevando el maletín.

¿Quién tenía interés en el maletín si prescindimos ahora de Paul Turner?

Me saltaron al pensamiento dos nombres. Marty Johnson y Lupo Sorrento, cada uno de los cuales era representante del Sindicato del Crimen en una costa.

¿Y si Marty Johnson me había utilizado como simple instrumento para sus planes? ¿Y si me había hecho ir a Los Ángeles para que yo cargase con el muerto? ¡Maldito fuese mil veces!

El ascensor ya había llegado abajo y el botones me miraba con la boca abierta. Le pegué una palmada en el brazo mientras le decía:

—Sufrí una insolación.

Fui derecho al registro. El encargado estaba leyendo un diario de la noche y cuando tosí un par de veces me prestó atención.

Era un fulano de cabello rojizo que él pretendía fijar con mucha goma sin conseguirlo. Sus ojos eran despiertos y su boca me sonrió.

—¿Qué desea, señor?

—¿Cuál es su nombre?

Me miró como si yo tuviese la obligación de conocerlo.

—Raymond Gordon —dijo al fin.

—Está bien, Gordon. ¿Usted me conoce a mí?

Si seguía por ese camino, todos acabarían diciendo a la policía que el asesino del hombre que había en el apartamiento ciento treinta era un loco.

—No; no lo conozco.

—Pero conoce a Blake, a Jerry Blake, el huésped del

apartamiento ciento treinta.

—No, señor. Tampoco lo conozco.

Estaba en mi día malo, pero eso confirmaba mi teoría de que mi suplantador había utilizado una llave falsa para introducirse en mi apartamiento sin pasar por el registro.

—¿Preguntó alguien por el señor Blake?

—Oiga, ¿usted quién es? —dijo.

—Pertenezco a la oficina del Fiscal del Distrito, mi nombre es Fisher y estoy eventualmente en la Brigada de Represión contra el Vicio.

El cabello se le erizó más.

—Este es un hotel decente.

—Deje que seamos nosotros quienes lo decidamos. Aún no ha contestado a mi pregunta. ¿Quién preguntó por el señor Blake?

—Hace unas tres horas llegó un caballero preguntando por él.

Señalé la casilla correspondiente al ciento treinta.

—Si usted vio que la llave correspondiente al ciento treinta estaba en este tablero, ¿por qué lo dejó subir?

Se puso a cerrar y abrir los ojos muy aprisa.

—Eso no es exacto, señor Fisher.

—¿No?

—En la casilla del ciento treinta no estaba la llave.

De modo que así estaban las cosas.

—¿A quién substituyó usted, Gordon?

—A Freddie Hicks.

Freddie era mi espía particular en el «Hotel Gambito». Le había entregado cincuenta dólares a cuenta por su trabajo. Claro que pudo haberme traicionado y coger la llave del tablero antes de salir del servicio para entregarla al asesino de Turner, a cambio de una buena cantidad de billetes, pero puestos a pensar así, ¿y si aquel tipo, Raymond Gordon, me estaba mintiendo?

—Será mejor que diga la verdad, Gordon —torcí la boca amenazando.

—Le estoy diciendo la verdad, señor Fisher.

—Muy bien. ¿Dónde vive Freddie?

—En la calle Main 107, apartamiento 32.

—¿Cómo era el caballero que preguntó por el señor Blake?

Una vez más escuché la descripción de Turner.

—Gracias —le dije y me dispuse a marchar.

—Oiga, señor Fisher. ¿Me puede decir de qué se trata?

Lo miré a los ojos. Parecía sincero.

—No se preocupe, Gordon. Todo va como la seda —dirigí una mirada al techo pensando en el cadáver que había en el apartamiento ciento treinta y agregué: —Tómeselo con alma.

Minutos más tarde me alejaba del «Hotel Gambito» como alma perseguida por el diablo.

No paré hasta verme en el bulevar Adams. Me metí en un bar cuyo nombre era «Topanga» y después de beber dos whiskies seguidos me colé en la cabina telefónica.

Antes de salir de Nueva York había apuntado en un bloc el número de teléfono de Marty Johnson, el de su estupenda residencia.

La telefonista me dijo cuántas monedas tenía que meter por la ranura. Finalmente oí una voz a la otra parte.

—Casa del señor Johnson.

Debía ser un criado y daba a su voz una entonación como si estuviese prestando servicio en casa de un jefe de Estado o algo así.

—Oiga, muchacho, avise a su jefe.

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Dígale que le va a hablar Jerry Blake desde Los Ángeles. Vamos, dese prisa antes de que le escupa mi rayo paralizante.

Poco después oí la voz de Johnson.

—¿Qué pasa, Blake?

—Encontré al fin a Turner.

—¡Bravo, muchacho! Supe desde el principio que podía confiar en usted. ¿Qué hace ahí? Tome el primer avión, o mejor flete uno. Yo correré con los gastos.

Lo dejé hablar porque necesitaba escucharle un rato a ver cuántas tonterías era capaz de decir.

—No tengo el maletín —le interrumpí.

Oí el silbido que producía el aire al chocar contra sus dientes.

—¿Qué clase de broma pretende gastarme, Blake?

—No es ninguna broma.

—¿Pretende decir que ha encontrado a Turner después que él entregó la mercancía a Sorrento?

—No, Johnson. No es eso.

—¡Hable de una vez!

—Mientras yo trabajaba el asunto, dejaron dormido a Turner en el apartamiento de mi hotel.

—¿Cómo?

—Lo que usted imagina, Johnson. Un sueño muy profundo.

—Sorrento, ¿eh?

—¿Por qué iba a hacer una cosa así si los billetes; para él no tienen importancia?

—Entonces, ¿qué diablos piensa que ha ocurrido?

—Pensé que había sido usted.

—¿Yo? ¡Repita eso!

—Habría sido una buena treta por su parte. Me eligió a mí como víctima y luego comisionó a alguno de sus muchachos para que rematase la faena a su manera.

—He oído tonterías en mi vida, pero esa se lleva la palma. ¿Es así como cuida usted los intereses de un cliente?

—Déjese de dar chillidos, Johnson. No está hablando con uno de sus mastuerzos —hice una pausa—. Y usted sabe perfectamente cómo defiendo yo a mis clientes.

—Sí, lo sé.

—Seguiré trabajando, pero supongo sabrá en qué condiciones me encuentro ahora. Dentro de un rato voy a ser el hombre de moda en Los Ángeles, y es posible que en toda la nación. Lea los diarios, Johnson, no se lo pierda.

Iba a colgar cuando dijo:

—Espere un momento, Blake.

—¿Qué quiere?

—Subo a veinte mil.

Me sorprendió en Nueva York con su oferta de diez de los grandes, pero no ahora, porque mi vida estaba en juego. Pero no era momento para rechazar aquella fortuna. Quizá me hiciese falta para emprender la huida a la Polinesia.

—Está bien, Johnson.

—Ya sabe lo que me interesa a mí. Y otra cosa, Blake.

—¿Qué?

—Recuerde que no puede fracasar.

Otra vez me amenazaba con enviarme al infierno. Colgué rabioso y permanecí pensativo un rato.

Burlé tres veces las luces de tráfico camino del hotel «Malaya Cove».

Sí; vi el «Chrysler» de Judy O'Connor en su sitio, pero eso no significaba nada.

Nadie me obstaculizó en el camino a su apartamiento.

Pulsé el timbre una, dos, tres veces.

Finalmente apareció la rubia cubierta con un batín color azul. Me miró mientras se cubría la boca acallando un bostezo.

—Hola, nena —dije y la aparté a un lado yendo hacia el vestíbulo.

—Eh, oiga, ¿quién es usted? —dijo con voz airada.

Me senté en un sillón y crucé las piernas.

Ella me miró con los ojos muy abiertos.

—¡Márchese antes de que llame a la policía!

No le contesté con palabras sino con una sonrisa.

Echó a andar hacia la mesa ratona donde estaba el teléfono.

—No le conviene eso, Judy —dije.

Se detuvo observándome.

—¿Me conoce?

—Es muy mala comediante.

Empezó a mover la cabeza.

—Es lo que me dije al verlo. Usted se escapó de un manicomio —de pronto cambió la expresión de su rostro—. ¡Ahora lo recuerdo!

—Vaya. ¡Qué suerte!

—Usted es el hombre que estaba esta mañana en el bar del hotel, el que pidió lo mismo que yo estaba tomando.

—Continúe, Sarah Bernhart.

—Por última vez, le ruego que salga de mi apartamiento. Es cierto que lo acabo de identificar, pero eso no quiere decir nada. Llamaré a la dirección para que lo echen.

—Antes te referiste a la policía, nena. Y ya puestos, ¿por qué no avisas a Ralph?

—¿Ralph?

—¿También vas a decir que no lo conoces?

—Sí, pero no comprendo a qué ha venido usted aquí.

—Lo sabes bien, muchacha. Y también sabes perfectamente que yo te he estado siguiendo toda la mañana.

—¿De veras? No creí que fuese tan seductora.

La medí de pies a cabeza.

—Lo eres, nena, lo eres, pero no fue eso lo que de ti me cautivó.

Puso un brazo en jarras.

—¿Qué fue entonces?

—Tu interés por Sorrento.

—¿Sorrento? ¿Quién es?

—Tú lo sabes bien. Preguntaste por él en el «Hotel Gambito», justamente donde Lupo Sorrento se hospeda cuando está en la ciudad. ¿Para qué querías ver a Sorrento?

—Está bien. Quería rogarle que obligase a uno de sus hombres que dejase de molestar a mi hermana.

—¡Qué historia tan conmovedora!

—No sé si le conmoverá o no, pero es cierto.

—¿Cómo se llama tu hermana?

—Eva.

—¿Está aquí en Los Ángeles?

—Sí.

—¿Trabaja en alguna parte?

—Sí, en el club «La Capa». Sorrento es su propietario.

—¿Qué hace allí tu hermana?

—Vende cigarrillos.

—¿Quién es el hombre que ha enamorado a Eva?

—Galiano, el administrador del club.

Hubo una pausa, y dije:

—Hay muchas cosas extrañas en esta conversación que sostenemos. Y una de ellas es la de que aún no me has preguntado quién soy yo y con qué derecho te interrogo.

—No es necesario. Supongo que usted en un «poli» que anda a la busca de clavar la zarpa en los negocios de Sorrento.

No afirmé ni negué.

—¿Quién es Ralph?

—Mi novio.

—¿También está él interesado en pedir a Sorrento que pare los pies a Galiano?

—Ralph no sabe nada a ese respecto. Quedé citada aquí, en el bar del hotel esta tarde. Yo me retrasé porque hube de ir al «Hotel Gambito».

—¿No te pudiste informar por teléfono acerca de si estaba o no

Sorrento en el hotel?

—Estaba cansada de telefonear y de oír que el señor Sorrento no se encontraba en el «Gambito». Pensé que podía estar y que él hubiese dado orden de que no fuese molestado por nadie.

—¿A qué te dedicas tú, muchacha?

—Trabajo de extra en los estudios y poso para algunos dibujantes.

—Claro que sí, y tus ingresos te permiten vivir en un hotel de esta categoría.

—Sólo vine aquí hace unos días.

—¿Por qué?

—Un amigo periodista me dijo que Sorrento tenía una amiga en el «Malaya Cove». Yo pensé que aquí me sería mucho más fácil ver a Sorrento, caso de que me resultase imposible en el «Hotel Gambito».

Me di mentalmente a todos los diablos. Sus explicaciones parecían lógicas.

Me clavé las uñas en la palma de la mano pensando en que yo había perdido casi todo el día siguiendo a aquella mujer. Eso me trajo a la memoria la persecución del «Chrysler».

—Casi me llegaste a convencer, pequeña —dije—. Pero esta tarde te pasaste de lista.

—¿Qué quiere decir?

—Me llevaste a dar un paseo y fue un poco largo. No fuiste a ningún estudio cinematográfico ni tampoco te detuviste en el de cualquier pintor o dibujante.

—Ya advertí donde debía que me tomaría esta semana de vacaciones.

—Tienes respuesta para todo.

—Y en cuanto al paseo, no creo que se haya publicado todavía una ley que prohíba a la mujer ir a donde le parezca.

—Magnífico. Ya sólo falta que me digas a quién llamaste desde el bar «Canarian».

—A Ralph.

—¿Y qué tenías que decirle?

—Ralph me dijo que llamase a esa hora para quedar citados esta noche.

—¿Y cuál fue la respuesta?

—No hubo respuesta. Pero ya antes habíamos acordado que si él no atendía la llamada significaría que no podíamos vernos esta noche.

—Ralph es un chico muy ocupado.

—Es técnico en la perforación de terrenos.

—¿Dónde está empleado?

—En la Compañía Rawlings.

Me rasqué la cabeza al tiempo que sentía un fuerte vacío en el estómago. Tenía la impresión de que yo era un fracasado. Las respuestas de aquella muchacha eran absolutamente correctas.

Sólo me faltaba jugar un naipe y lo eché sobre la mesa.

—Háblame ahora de Paul Turner, Judy.

—¿De quién?

—Paul Turner —repetí mirándola fijamente.

Su bonita cara dibujó una mueca de perplejidad.

—Conozco a un Turner que trabaja en los estudios, pero no se llama Paul sino Williams. Es un viejo gracioso. Empezó a actuar en el cine mudo. Y tiene un anecdotario estupendo acerca de los primeros años de Hollywood.

—Creo que no me van a hacer mucha gracia sus anécdotas.

Hubo un silencio entre ella y yo.

Me había ganado hasta la última onza. Todo estaba en orden. Había seguido una pista falsa desde el principio y no podía culpar de ello a nadie más que a mí mismo. Dije a Freddie que me avisara cuando alguien tratase de establecer contacto con Sorrento, y me puse a seguir a Judy O'Connor porque ella había preguntado por él.

Me puse en pie y eché a andar.

—¿Quiere saber algo más? —inquirió ella.

—Me temo que no —dije—. Gracias por todo.

No me acompañó a la puerta y yo abandoné el apartamiento más maltrecho que si un par de gorilas de Sorrento me hubiesen machacado a su gusto.

CAPÍTULO V

ASOMÉ la cabeza por el corredor y vi al orangután con quien me había enfrentado aquella mañana. Estaba apoyado en la pared, al lado de la puerta que daba acceso al apartamiento de Gladys Brean.

Si yo hubiese tenido posibilidad de que la pelirroja me aclarase algo, habría corrido el riesgo de enfrentarme otra vez con él, pero, ¿qué podía decirme Gladys a ese respecto?

Volví a mi coche y me alejé de aquel lugar.

Media hora más tarde entraba en «La Capa». Era un lugar como otro cualquiera de su especie. Un mostrador muy largo con altos taburetes, muchas mesas y un estrecho círculo para que la gente bailase o las atracciones de la casa realizasen sus exhibiciones.

Tomé posesión de una mesa y pedí whisky a un mozo. A poco vi aparecer por una puerta a un bombón moreno. No era muy esbelta, pero su rostro era bello y encontré en él un ligero parecido con el de Judy O'Connor.

Se cubría con un vestido muy estrechito y sus piernas estaban protegidas con medias de malla. Todo era negro en ella a excepción de un pequeño ribete blanco que formaba una uve en su escote.

Fue de mesa en mesa hasta que por fin llegó a la mía. Me enseñó una hilera de dientes nacarados.

—¿Tabaco, señor?

—Claro que sí, Eva —dije—. Un paquete.

Me miró preguntándose en qué ocasión me habla visto antes.

—Soy amigo de tu hermana Judy.

Mis palabras la pusieron en guardia. Me dijo el precio y yo añadí un dólar de propina. Fue a retirarse y la alcancé de la muñeca.

—¿Por qué tanta prisa, Eva?

—Es el cuarto mensajero que mi hermana me envía. Pudo ahorrarse el viaje.

—No soy un mensajero de nadie, Eva. Sólo vine a divertirme y al verte recordé que Judy me había hablado de que tú trabajabas aquí —le sonreí—. Las cosas no son tan complicadas como a veces creemos.

Me observó fijamente la cara. Yo seguía sujetándola por la muñeca y en eso oí una voz a mi derecha.

—Retire la zarpa, compadre.

Miré al tipo. Era muy alto y fuerte y en sus labios había un gesto desagradable.

—Lárguese, fulano —le dije—. Ella y yo estamos hablando.

—Un gallito, ¿eh?

Eva intervino rápidamente.

—El señor tiene razón, Gleen. No discutíamos.

—Me pareció que se propasaba —murmuró «Boca Torcida».

—Déjanos en paz.

Gleen titubeó unos instantes mientras me observaba, pero por último emitió un gruñido y se alejó moviendo sus pezuñas.

Sonreí a Eva.

—Gracias, pequeña.

Ella se humedeció los labios con la lengua.

—No tuvo importancia —me miró fijamente—. Será mejor que se marche.

—¿Crees que él va a avisar a Galiano?

—Es posible que lo haga y en tal caso no le conviene permanecer aquí.

—Resulta curioso —sonreí—. Al parecer, Galiano te quiere para él, sin embargo, te deja trabajar entre el público. Teniendo en cuenta tu atractivo, debe tener media docena de broncas por sesión.

—La mayoría de los clientes de este local son habituales y cuando hay algún forastero con manos largas, los muchachos de Galiano se ocupan de cortárselas.

—¿Y eso te gusta a ti?

Sonrojó las mejillas.

—Galiano me quiere.

—Tiene una forma extraña de demostrártelo.

—Muy pronto me sacará de aquí y nos casaremos.

—Te lo dijo él, ¿eh?

—Sí.

Después de todo, la chica resultaba una ingenua, o quizá fuese que ella quería mucho a Galiano y le importaba bien poco lo que él le pudiese ordenar.

De pronto vi que ella levantaba la mirada y que en su cara se reflejaba un gran temor.

—Váyase, amigo —dijo y se alejó muy aprisa de mi mesa.

En aquel momento el tambor de la orquesta trepidó y apareció un tipo con traje de smoking anunciando a la famosísima bailarina Berta Osbego.

Era la primera vez que oía hablar de ella, pero si uno se da una vuelta por los cabarets se encontrará con centenares de artistas «famosísimos».

Sonó la trompeta y otra vez el tambor y finalmente se descorrieron las cortinas y apareció la tal Berta. Les puedo jurar que merecía ser famosa. Todo en ella era sugestivo, desde las escamas de oro que cubrían su piel hasta los grandes ojos de un color verde claro, o el cabello del color de la paja.

Berta empezó a evolucionar y lo hacía maravillosamente o al menos me lo pareció a mí.

Una mano se posó sobre mi hombro y al levantar la mirada vi a «Boca Torcida».

—El jefe quiere verle.

—Eso sí que es casualidad —sonreí poniéndome en pie—. Yo también deseaba verle a él.

Fui pisándole los talones hasta una puerta la cual abrió, haciéndome una señal para que pasase al interior.

El despacho resultaba espacioso. Tras una mesa enorme había un hombre de tez morena, pelo negro ensortijado. Sus ojos poseían una mirada cruel y por lo demás, el rostro debía resultar muy atractivo para las mujeres.

—¿Quiere sentarse? —dijo con mucha amabilidad.

Miré hacia la puerta. Allá estaba «Boca Torcida» mirando al techo con aire ausente.

Me senté en un sillón y encendí uno de mis cigarrillos.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Galiano.

—Don Sullivan —dije porque fue el primero que se me ocurrió.

—¿A qué ha venido a «La Capa», señor Sullivan?

—Sentía deseos de divertirme.

Hubo un silencio. Sus ojos intentaron taladrar mi cráneo.

—¿Conoce a Eva?

—¿Quién es Eva?

Me sonrió.

—Lo hace muy bien, señor Blake.

Me erguí unas pulgadas en el sillón y él prosiguió:

—En otras circunstancias, me podría haber engañado, pero no ahora —cruzó los dedos apoyando los codos sobre la mesa—. Usted es Jerry Blake, un detective de Nueva York.

—¿Puedo preguntarle cómo se ha informado de eso?

—Le resultará muy sencillo de comprender. Aparte de administrar este club, me incumbe la protección de la prometida de mi jefe. Usted se las arregló para introducirse en el apartamiento de Gladys Brean. Allí fue sorprendido por uno de mis muchachos, Leo Arden, y según me contó Leo, usted no jugaba precisamente a la canasta con Gladys. Cuando hace un momento Gleen entró aquí y me dijo que alguien estaba hablando con Eva, le pedí que me describiera a ese individuo. ¿Se da cuenta? Todo coincide. A usted al parecer, señor Blake, le gusta la camorra siempre que hay una mujer por medio.

—Hay un fallo en todo esto, Galiano.

—¿Sí?

—Yo le dije a. Gladys Brean que mi nombre era Jerry, y nada más.

—¿Le extraña eso? —sonrió—. Yo soy «alguien» en Los Ángeles y a partir del momento que usted se interfirió en la vida de Gladys Brean tenía la obligación de informarme acerca de usted. Apreté un botón y un centenar de hombres se dedicaron a ese trabajo. Cuando usted abandonó el «Malaya Cove», llevaba un muchacho a remolque. Ese hombre me dijo que usted siguió a Judy O'Connor, la hermana de Eva. Judy lo mareó unas cuantas horas por la ciudad y regresó a su hotel. Entonces usted abandonó la caza y se fue al «Gambito», del cual salió muy aprisa poco después.

Respiré profundamente. ¿Sabía ya por qué había abandonado tan aprisa el «Hotel Gambito»?

—Me ha hecho una estupenda demostración, Galiano —dije.

—No me gusta que me halaguen. Preferiría que usted me dijese qué ha venido a hacer en Los Ángeles.

—Me tomé unas vacaciones.

—Debe ser más sensato, señor Blake.

—Hemos tenido un mal invierno en Nueva York y pensé que debía broncearme un poco.

—Pudo ir a Miami.

—Me gusta más California.

—Le ayudaré un poco, señor Blake. ¿Cuál es su interés por Judy O'Connor?

—Ella es una mujer de una vez y nunca me ha gustado pasar mis vacaciones en solitario. Al seguirla, sólo pretendía que nuestros lazos se estrechasen.

Hubo un silencio y luego él preguntó:

—¿Y qué hay de lo de Gladys?

—Ella me confundió con su gorila, ese Leo Arden.

—Me gustaría creerle.

Yo no tenía nada que decir en aquel momento. Si él sabía que en mi apartamiento del «Hotel Gambito» había un muerto, ahora lo diría. Tenía que ser así. El tipo era listo. Había hecho una larga introducción, pero ahora echaría mano a su argumento más contundente. Sacaría a relucir lo de Turner y las cosas se complicarían mucho. Incluso le bastaría con descolgar el teléfono y llamar a la «poli» para que se hiciesen cargo de mí.

Se puso en pie sin dejar de mirarme y dijo:

—Está bien, señor Blake. Voy a suponer que usted ha venido a Los Ángeles sólo a pasar unas vacaciones. Deseo que se divierta mucho.

Aquello quería decir que la entrevista había finalizado. Él era uno de los lugartenientes de Lupo Sorrento. Me tenía acorralado en aquella habitación en donde adivinaba un enjambre de hombres tras de las dos puertas, que yo miraba de vez en cuando, pero me deseaba unas buenas vacaciones.

—No se entretenga en pagar —dijo en aquel momento Galiano —. La casa le invita. Estoy seguro de que encontrará otros lugares donde se divertirá más que encontrará otros lugares donde se divertirá más que en «La Capa».

Salí fuera y cerré la puerta a mis espaldas.

La hermosa Berta había terminado ya su número y ahora en la pista evolucionaban las parejas.

Tampoco vi por ninguna parte a Eva.

Un sexto sentido me advirtió que algo marchaba mal, pero yo no sabía concretamente qué era.

Abandoné el local y me dirigí a la playa de estacionamiento.

Me senté al volante de mi coche y entonces algo frío y duro se apoyó en mi nuca. No tuve duda de la clase de objeto que tenía detrás de mí. Era un revólver.

CAPÍTULO VI

MIRÉ por el espejo retrovisor y vi una cara que no había visto antes de ahora. Las cejas blancas y los ojos estaban demasiado juntos y la boca sonreía mostrando unos dientes pequeños y cortantes.

—Hola, chico —dijo.

—No puedo llevarle de polizón —repuse—. Desde aquí inicio el viaje a Nueva York.

—¿Por qué vas a ir tan lejos, Blake?

Todos me conocían. Yo era un tipo muy famoso.

—Quiero volver con la abuela. La pobre está allá muy sola.

—Se me parte el corazón, Blake, pero me parece que eres un tipo muy juicioso.

—Gracias. Y ahora que estamos de acuerdo, ¿quieres dejarme solo?

—Te acompañaré un rato. Mueve el coche hacia Pasadena.

—¿Por qué a Pasadena?

—¿No lo sabes? Está al nordeste y ese es un buen camino para llegar a Nueva York. Anda, no te entretengas más.

Salimos de la playa de estacionamiento. El fulano seguía apuntándome a la nuca con su revólver. No me gustaba su compañía y pensé en mis posibilidades de librarme de él haciendo una maniobra brusca con el volante. Era demasiado arriesgado por mi parte.

—Tuerce a la izquierda —dijo al llegar a una bifurcación—. Luego párate al borde de la pista.

—Esto no es Pasadena —dije.

—No, no lo es, pero tienes que obedecer.

Pasaban muchos coches por la carretera y me dije que sería un loco si intentaba hacer alguna cosa. Frené y él entonces me pasó una mano por el hombro mientras apretaba otra vez el cañón contra mi cráneo. Era un profesional y en un par de segundos tuvo en su poder el revólver que yo guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Ya puedes continuar el viaje —dijo con una sonrisa y ocupó el asiento trasero.

Solté una maldición para mis adentros mientras el coche se volvía a deslizar por la pista.

Antes de llegar a Sycamore Grove señaló una estación de gasolina que había a un lado del camino.

—Para otra vez ahí, cincuenta yardas antes de llegar al poste.

Aquella zona estaba sumida en la oscuridad, pero a lo lejos, en la estación, se veían muchos coches y por los ventanales brotaba la luz del local.

Detuve otra vez el «Chevry» y de pronto la puerta de mi lado se abrió y un individuo entró en el coche con un revólver por delante.

El nuevo pasajero estaba por los cuarenta años de edad, su piel era arrugada y tenía una cara de asesino. Me miró y sonrió mientras hablaba por la comisura de los labios.

—¿Tuviste alguna dificultad, Max?

—No —contestó el de las cejas blancas—. Todo marchó de primera, Navy.

Navy sacudió la cabeza.

—Sigamos adelante.

—Ya lo has oído, Blake. Navy forma parte de la pandilla. Sigue hacia Pasadena.

Ahora estuve seguro de que aquellos fulanos no estaban allí para asegurarse de que yo me marchaba a Nueva York. Se asegurarían de otra forma mucho más convincente para ellos. Liquidándome.

Miré por el rabillo del ojo a Navy. Tenía el revólver en la diestra. Era un arma de cañón corto y yo tendría bastante con una carga para irme al otro mundo.

Conforme avanzábamos hacia Pasadena, nos tropezamos con menos coches en el camino. Los faros del «Chevry» taladraban la oscuridad.

Max emitió un gruñido desde atrás.

—Creo que se me hará tarde, Navy.

—¿Para qué?

—Quedé citado con Katy.

—No te preocupes. Acabaremos pronto.

—Me gustaría.

Finalizaron el diálogo. Todo iba a ser muy sencillo para ellos. El trabajo lo iban a realizar en un tiempo «record».

Navy torció la cabeza hacia mí.

—Aminora la velocidad. Dentro de una milla, a la derecha verás un camino. Has de ir por allí.

—Creí que íbamos a Pasadena —dije.

—Es un atajo.

—Está bien —concedí como si los creyese.

Vi el camino y doblé por él, pero luego, cuando los neumáticos empezaron a correr por los baches, giré bruscamente a la izquierda.

Solté el volante y dando impulso al cuerpo golpeé con la cabeza en la cara de Navy. Él estaba volviendo el revólver, pero yo le atenacé la muñeca y se la doblé con todas mis fuerzas.

Escuché la maldición de Max cuando se derrumbaba en el asiento posterior.

El coche se salió del camino y empezó a trepar por un terreno muy abrupto entre chillidos de neumáticos Y crujidos de metal.

Navy era muy fuerte, más de lo que yo había supuesto.

Le descargué un trallazo en el mentón y empezó a poner los ojos en blanco, pero yo lo que quería era la pistola y el muy canalla la seguía conservando porque sus dedos se habían adherido como ventosas a la culata.

Max ya se estaba levantando del asiento trasero.

Di un tirón del arma de Navy, pero tampoco pude hacerme con ella.

Le volví a golpear, esta vez entre los dos ojos, y empezó a desmayarse.

Pero entonces Max me atizó a mí y el muy animal lo hizo con la culata del revólver.

Sentí un terrible dolor en la cabeza y el aire empezó a chisporrotear delante de mis ojos.

Mi mano ya se había apoderado del revólver de Navy y empecé

a girar para enfrentarme con Max.

Otra vez me pegó. Ahora mucho más fuerte que antes.

La atmósfera que me rodeaba empezó a arder. Vi llamas rojas y detrás de ellas una cara que me sonreía. Yo debería estar ardiendo en medio de aquel fuego y sin embargo, lo que sentía era el frío terrible de la muerte, un frío que me llegaba a los huesos, y que me endurecía los músculos impidiéndome el movimiento.

Luego perdí la noción de todo.

Cuando desperté me encontré tendido sobre un piso de madera. Algo húmedo me corría por el cogote. Sí; era sangre.

Oí unos pasos y cuando abrí los ojos vi cómo un zapato se proyectaba contra mi cuerpo. La puntera se clavó en mi costado y yo me revolví quedando boca arriba.

Vi la cara de Navy y sus ojos que me miraban cargados de odio.

—Anda, levántate —dijo.

Se alejó de mí otra vez y yo quedé sentado en el suelo, moviendo la cabeza porque todavía estaba aturdido.

Nos encontrábamos en lo que debía ser una cabaña. Allá había una mesa, varias sillas y una chimenea en la que había un leño seco. Había mucha suciedad y polvo por todas partes.

Pero lo más sucio eran ellos dos, Max y Navy. Max estaba sentado en una silla cuyo respaldo apoyaba en la pared. Sus dos manos estaban ocupadas, la diestra con el revólver y la zurda con una botella de cerveza.

Max soltó un salivazo contra un rincón y se me quedó mirando. Él también tenía un revólver en la derecha.

—¿Dónde está? —preguntó Max.

—¿Dónde está el qué? —inquirí a mi vez.

—El maletín.

De modo que por eso estaba yo allí. Habría soltado una carcajada si las circunstancias hubiesen sido otras. Ellos también buscaban el maletín de Turner. Naturalmente, todo resultaba sencillo. Turner había sido asesinado en el apartamiento de un hotel cuyo huésped era un tal Jerry Blake. Se podía suponer que lo que Turner hubiese perdido lo tendría el fulano que lo había matado y, naturalmente, yo era ese hombre.

Di un suspiro y dije:

—Eso aclara todas las cosas.

Max rio señalándome con la botella de cerveza.

—¿No te dije que este muchacho es de los que a mí me gustan?

Hice un movimiento afirmativo.

—Podéis decirle a vuestro jefe que equivocó la pista. Yo no tengo el maletín.

—Eso no es lo tratado, Blake —repuso Navy—. Tú tienes la mercancía.

—¿Por qué había de tenerla yo?

—Le tendiste una trampa a Paul Turner —sonrió—. Confieso que la cosa la planeaste bien, pero ahora te ha tocado perder y todos debemos respetar las leyes del juego.

Era un tipo honrado a carta cabal, un auténtico caballero. Yo dije:

—Lo siento, pero en esa historia hay un pequeño error.

—¿Dónde?

—Yo no tendí ninguna trampa a Turner.

—¿No?

—Cuando fui a mi apartamiento esta noche me lo encontré asesinado.

Max soltó una risotada, echando la cabeza atrás. Quedó serio de pronto y sus ojos centellearon como trozos de cristal.

—Claro que sí; Turner fue a tu apartamiento y cuando estuvo allí se dio cuenta de que esta vida es un asco y se clavó un puñal en la espalda.

—Me imagino que alguien lo haría, pero no fui yo. Yo no estuve allí para recibir a Turner.

—¿A quién pretendes engañar con eso? Navy y yo nos informamos bien. Tú estuviste en el apartamiento para recibirlo, y allí no había nadie más que vosotros.

—No, Max —dije—. El tipo que citó a Turner en mi apartamiento no era yo. Fue alguien que ocupó mi lugar.

—¿Vas a colocamos ese cuento?

—Es la pura verdad.

En la estancia se hizo un silencio. Max y Navy cambiaron una mirada. Luego Navy se puso a andar hacia mí apuntándome con la pistola al centro del pecho.

—Te gustaría continuar viviendo, ¿verdad, Blake?

—Lo mismo que a ti y a Max.

—Estupendo. Entonces sólo tienes que darnos el maletín.
—No lo tengo.
Sus labios se comprimieron.
—Tenemos muchos medios para hacerte cantar, Blake.
—Lo imagino, pero eso no haría cambiar nada.
Retrocedió otra vez sin darme las espaldas y quedó inmóvil a unas tres yardas de mí.
Max bebió un trago de la botella de cerveza hasta vaciar su contenido. Luego se la quedó mirando y finalmente la arrojó contra la pared. La botella se hizo añicos.
Yo me puse en pie y observé a los dos pájaros alternativamente.
—Os propongo una cosa.
—¿El qué? —preguntó Max.
—Llevadme a presencia de vuestro jefe y yo hablaré con él acerca del asunto.
—Eso no se puede hacer —repuso Navy—. Hemos de ir con el maletín y tú lo vas a soltar aunque para ello tengamos que meterte en la trituradora.
Esperaron mi respuesta, pero yo no dije nada.
Max se puso en pie y jugueteó con el revólver apuntándome al cuerpo.
—Te crees un tipo muy valiente, ¿verdad, muchacho? Crees que lo podrás resistir…, pero dentro de un rato vas a pensar de otra forma —sonrió enseñándome sus dientes de lobo—. Anda, Max, empieza ya.
Navy se acercó a la chimenea y dejó el revólver sobre la repisa. Luego metió la mano en el bolsillo y sacó una manopla de acero que se ajustó perfectamente a sus nudillos. El trozo de acero estaba gastado, quizá porque Navy había trabajado mucho con él. Luego cerró el puño y lo mostró en alto.
—No seas tonto, Blake. Aprovecha tu oportunidad antes de que te arruine la cara.
—Oídme, muchachos —dije—. Podemos hacer una cosa. Nos llegamos al «Hotel Gambito» y yo os demostraré que no estaba en mi apartamiento cuando llegó Turner. Alguien retiró mi llave del tablero y se la dio al tipo que ocupó mi lugar.
Mi sugerencia fue rechazada. No hizo falta que ninguno de ellos lo dijese con palabras. Navy dio dos pasos hacia mí acariciando la

pieza de acero.

—Anda, Blake, habla.

Max seguía jugueteando con el revólver, pero en todo momento el ojo negro del cañón me miraba.

Los dos tipos sabían trabajar bien. El uno me amenazaba con el revólver mientras el otro me hacía papilla.

Navy empezó a avanzar otra vez sobre mí y yo retrocedí lentamente.

Max sonreía porque todo aquello le divertía mucho.

Finalmente llegué a chocar contra la pared y ya no pude retroceder más.

Navy se detuvo a unas dos yardas.

—¿Qué vas a hacer ahora, Blake?

—Eso depende de vosotros.

—Buena contestación. Depende de nosotros. Anda, di dónde tienes el maletín y se acabó el suplicio para ti.

Guardé silencio otra vez.

Max me disparó el puño que no tenía la manopla. Yo lo bloqueé y apenas llegó con fuerza a mi estómago, pero del que tenía que librarme era del que me enviaría a continuación.

Vi acercarse las agujas de acero a mi cara y salté a la derecha.

El puño de Navy me rozó la sien y sentí cómo ésta se me despellejaba.

Yo ya lo había atrapado por la muñeca derecha y me tiré al suelo sin soltarlo.

Navy lanzó un grito porque iba lanzado contra la pared y al darle yo el tirón su hueso crujió. Luego levanté los pies y apoyándolos en su estómago, lo lancé por el aire.

Sonó un estampido.

Pensé que la bala me había agujereado la espalda o la cabeza aunque yo en aquel momento no notase nada.

Me revolví al tiempo de ver que Navy, convertido era una pelota, golpeaba contra las piernas de Max arrojándolo al suelo.

Avancé a gatas muy aprisa y caí sobre Max cuando se disponía a apuntarme con el revólver para disparar por segunda vez.

Le pegué con el filo de la mano en la garganta mientras apartaba el arma con la zurda.

Lanzó un grito de dolor, pero mi golpe no había sido muy fuerte

y alzó las rodillas bruscamente clavándomelas en el vientre.

Otra vez salí lanzado hacia atrás, pero pude atrapar un tobillo de Max y tiré de él sin concederle tiempo para que me apuntase de nuevo. Ambos rodamos por el suelo.

Sus dedos rígidos se apretaron en mi estómago, cogieron carne y la retorcieron. Eso lo hacía con la mano libre. Una especie de sacudida eléctrica me estremeció desde la cabeza hasta los pies, pero pude resistirlo sin soltar la mano con la que empuñaba el revólver.

Quedó encima de mí al terminar de dar vueltas y el cañón empezó a descender lentamente, pulgada a pulgada porque yo había quedado con muy poca fuerza. Un par de pulgadas más y me estaría apuntando a la frente y se acabaría la vida de Jerry Blake.

Saqué energías de los talones y logré mantener el revólver donde, estaba, sin avanzar ni retroceder.

Gruesas gotas de sudor resbalaban por la cara de Max cuyos ojos se desorbitaban.

—He matado por tu culpa a Navy, Blake —exclamó— y esto lo vas a pagar ahora… Te voy a desparramar los sesos por el suelo.

Estaba como loco. Ya no le interesaba el maletín. Quería matarme.

Hinché los pulmones de aire y le pegué un golpe en el hígado. Su cara empezó a ponerse cárdena. Repetí el golpe y sentí cómo disminuía la presión que hacía sobre la pistola.

Luego me incorporé unas pulgadas poco a poco y finalmente él se derrumbó cayéndole yo encima.

Empezó a soltar maldiciones e intentó morderme con su boca carnicera.

Otra vez rodamos y el revólver estaba entre nuestros cuerpos y nuestras respiraciones eran jadeantes.

De súbito sonó un estampido y los dos quedamos inmóviles mirándonos. Max abrió las fauces y me di cuenta de que no podía respirar. Su cuerpo se relajó y yo pude hacerme dueño de la pistola.

Max quiso decir algo, pero de sus labios sólo escaparon sonidos ininteligibles y finalmente se derrumbó sujetándose el vientre y quedó inmóvil.

Permanecí un rato de rodillas respirando y por último, cuando me encontré mejor, aparté las manos de Max y entonces supe que la

bala le había perforado el paquete intestinal.

Luego me arrastré hasta donde estaba Navy y vi sus ojos abiertos mirando vidriosamente al techo. Tenía un agujero en la carótida por donde le había entrado la bala que me dirigió Max.

Busqué en su bolsillo y encontré mi pistola, que guardé en el mío.

Examiné la cabaña y registré los cadáveres, pero no encontré nada de provecho y salí a la oscuridad de la noche.

Vi mi «Chevry» estacionado junto a un árbol.

Permanecí un rato ante el volante curándome los arañazos y por último abandoné aquel lugar.

CAPÍTULO VII

DORMÍ aquella noche en Pasadena, en un hotel de tercera categoría, el «Monrovia». Al llegar me inscribí con el nombre de John Kirby. Había alquilado la habitación por una semana porque, tal como estaban las cosas, quizá me haría falta.

El encargado, un tipo que atendía por Bob, no había sido muy curioso y no hizo preguntas.

A la mañana siguiente a las siete ya estaba fuera del hotel, en un bar cercano, desayunando. En el camino había comprado un diario. Mi nombre quedaba bien en aquellos gruesos titulares. Se me buscaba por el asesinato de un desconocido en el apartamiento ciento treinta del «Hotel Gambito». Mi principal acusador era Raymond Gordon, el encargado que había substituido a Freddie Hicks, pero éste no había dicho nada contra mí amparándose en que los sucesos habían ocurrido después de su relevo. La información decía otras muchas cosas, pero a mí no me interesaron. Después de todo, ésta era la bomba que yo esperaba.

Salí del bar y emprendí en mi coche el regreso a Los Ángeles.

Al llegar a la ciudad compré unas gafas ahumadas y por último me dirigí al hotel «Malaya Cove».

Penetré en el vestíbulo y subí en el ascensor hasta la planta de Gladys Brean.

Leo Arden, el gorila grandullón, estaba otra vez junto a la puerta como un perro San Bernardo. Pasé por su lado sin decir nada y fui a abrir.

—¡Eh, usted, se equivoca de sitio! —me dijo.

Le miré y vi que mis gafas eran perfectas porque no me

reconoció.

En el corredor no había nadie más. Saqué mi pistola y le apunté al estómago.

—Tú entras también conmigo, muchacho.

—¡Usted! —exclamó abriendo los ojos como platos.

Di la vuelta al tirador y le hice una señal para que me precediese.

—Oiga, usted se está metiendo en un lío —dijo.

—Ya estoy metido, Leo, y lo que pretendo es salir de él. Entra sin rechistar —le clavé el cañón en el hígado por si se le había ocurrido hacer algún alarde de fuerza.

Una vez llegados al living lo registré despojándole de su «quitapenas», y luego le indiqué un sillón.

—Anda, Leo, descansa, te hará falta.

En eso llegó la voz de Gladys desde el cuarto de baño.

—¿Ocurre algo, Leo?

Levanté la pistola unas pulgadas para que Leo no dijese nada.

Saqué un cigarrillo con la mano libre y encendí, arrojando después una bocanada de humo.

Gladys apareció por una puerta cubriéndose con una blusa de seda azul y pantalones negros. Estaba realmente atractiva y lo estuvo más cuando hizo un hociquito con los labios admirándose de que yo estuviese allí.

—¡Jerry!

—¿Cómo estás, nena?

Miró a Leo y me miró a mí.

—Sorrento está al llegar… Vete ahora mismo.

Aquella era una buena noticia. El fiero Lupo Sorrento, el rey del hampa en la costa del Pacífico, se aproximaba a Los Ángeles. Me imaginé a miles de personas corriendo despavoridas ante un nuevo King-Kong.

Quise demostrarle el mucho miedo que sus palabras me infundían y me senté en el sillón que había enfrente del ocupado por Leo.

Gladys echó a andar y yo le dije rápidamente:

—No te cruces entre Leo y yo.

Frenó en seco y puso los brazos en jarras.

—¿Es que no me has oído, Jerry? Sorrento no tardará mucho en

cruzar esa puerta.

—Creí que él no aparecería hasta dentro de unos días.

—Ha cambiado de opinión, y llegará esta mañana. Es posible que lo esté haciendo ya a estas horas. Me llamó anoche desde Honolulú para anunciármelo.

Me rasqué la frente con el cañón del revólver. Aquello se ponía cada vez mejor. ¿Por qué había adelantado Sorrento su viaje? Se me ocurrieron dos hipótesis. Primero: que la persona que tuviese el maletín con los documentos comprometedores para Martin Johnson hubiese logrado establecer contacto con Sorrento, y como es natural, él acudía frotándose las manos al olor de la carroña.

Le sonreí a Gladys.

—¿Así que, te estás poniendo guapa para él?

—¿Te importa? —sonrió.

Leo puso una cara feroz.

—No me gustará decir ciertas cosas al jefe.

Gladys le miró con ojos relampagueantes.

—Tú te callarás la boca por la cuenta que te trae. Si te atreves a decir algo, juro que tú serás la primera víctima.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Le diré a Sorrento que has estado vagabundeando por ahí en lugar de servirme de guardián.

Leo se mojó los labios con la lengua e hizo un gesto de tristeza.

Yo fijé la mirada en la bonita cara de la pelirroja.

—¿Por qué cambió de opinión Sorrento?

—Y yo qué sé.

—¿No te sentiste interesada por el motivo?

—Me he acostumbrado a no meterme en las cosas de Sorrento.

Entonces vi el diario. Estaba detrás de un almohadón, en el diván y sólo se veía de él un trozo, pero pude distinguir perfectamente las dos últimas letras de Blake.

Miré otra vez a Gladys.

—¿No tienes nada que decirme, nena?

—Sí, que eres un chico encantador y que es una lástima que hayas llegado tarde.

—Sorrento, ¿eh?

Dio un suspiro.

—Me dijo que me regalará un abrigo de visón para celebrar su

llegada.

Me puse en pie haciendo chasquear la lengua.

—Tienes razón, Gladys. Yo sólo podría comprarte uno de piel de conejo.

—¡Oh, Jerry, qué gran muchacho eres!

Me acerqué a ella y la besé en la comisura de la boca. Leo soltó un gruñido desde el sillón.

Yo eché a andar hacia la puerta.

—Eh, míster —dijo el grandullón—. ¿Es que no me va a devolver mi pistola?

Saqué el arma a que él se refería y después de sopesarla en la mano la arrojé al rincón más alejado de la estancia. Luego hice un saludo a Gladys y salí del apartamiento.

Bien; ya sabía alguna cosa más. Con la llegada de Sorrento se me ofrecería una oportunidad para echar el guante al asesino de Turner y apoderarme del maletín.

Crucé el vestíbulo del hotel y salí a la calle, encaminándome hacia la playa de estacionamiento.

De pronto un aullido rasgó la atmósfera.

Me detuve y en eso sonó un golpe sordo a mis espaldas.

Una mujer se puso a dar gritos y yo giré rápidamente.

Ante mis ojos se ofreció una escena de las que no se pueden olvidar mientras uno viva.

La mujer que había gritado estaba contra la pared aterrorizada, clavados los ojos en lo que había en el suelo y otros dos hombres habían quedado paralizados como si se hubiesen convertido en estatuas de sal. Sobre el piso había una figura informe, sanguinolenta.

Tuve la impresión de que el corazón se me bajaba a los talones.

Uno de los hombres recobró el habla y dijo:

—Ha caído desde una de las ventanas del hotel.

Me acerqué rápidamente y vi una blusa azul de seda y unos pantalones negros y una cabellera roja. Gladys Brean era como una muñeca de trapo porque su cuello estaba partido y pensé que los demás huesos también estarían quebrados. Su cara descansaba sobre las baldosas.

La mujer que había junto a la pared empezó a desmayarse emitiendo un ronquido.

Acudía más gente corriendo y ahora, pasados los primeros instantes de estupor, se oían roces y chillidos.

Me volví rápidamente y entré en el hotel como una exhalación.

El ascensor estaba subiendo y no me detuve a esperar. Salté los peldaños de dos en dos, sin concederme un descanso. Llegué a la planta a la que correspondía el apartamiento de Gladys. Me estaba ahogando. Avancé por el corredor a grandes zancadas y abrí la puerta de un tirón y pasé al living.

Allí no había nadie.

De pronto la puerta por donde minutos antes había visto aparecer a Gladys se abrió lentamente.

Yo tenía el revólver en la mano.

Leo apareció en el hueco y sus ojos estaban muy abiertos y me miraron fijamente. Detrás de él, a lo lejos, vi la ventana, abierta, por donde había caído a la calle la pelirroja.

Leo echó a andar hacia mí lenta, muy lentamente, y sus manos estaban rígidas, los dedos encorvados a la altura del estómago.

—Quédate ahí, Leo —dije.

Pero él no obedeció mi orden y continuó avanzando.

Dejé oír otra vez mi voz advirtiéndole:

—Si no te detienes, juro que te vacío el cargador en el cuerpo.

Ahora se quedó quieto y sus labios se estremecieron dejando escapar un sonido gutural.

De repente sus piernas se doblaron y desplomóse en el suelo quedando de bruces sobre la alfombra.

Creí que la sangre se me helaba en las venas al ver el mango del cuchillo que sobresalía en su espalda, entre los dos hombros.

—¡Leo! —grité.

Me arrodillé a su lado y le puse la mano en el corazón. Era demasiado tarde. Ya había dejado de latir.

Me levanté rápidamente y apretando la culata de la pistola me dirigí a la habitación de donde había salido Leo.

Era un dormitorio.

Observé otra vez la ventana abierta y me asomé por ella. Abajo un gran gentío se había agrupado alrededor del cadáver de la pelirroja.

Algunas personas me vieron y empezaron a dar gritos y a señalarme con la mano y en pocos segundos el alboroto fue enorme.

Sólo faltó que me pusiese a saludar.

Registré un armario, pero allí sólo había ropas femeninas y un batín de caballero. Miré en los bolsillos 6in encontrar nada.

Luego fui al cuarto de baño. No; yo era la única persona que se encontraba en el apartamiento.

Regresé al living y en ese momento la puerta de fuera se abrió y vi a un botones que se paraba en seco mirando perplejo la pistola que yo exhibía.

—¡No dispare! —gritó.

Miré a Leo y solté una imprecación. Todo marchaba de primera. Yo había matado a Turner y ahora me endosarían el asesinato de Leo y por si no tenía bastante, el de la pelirroja. Podía anticipar los titulares de las ediciones especiales de los diarios. «Un nuevo Destripador aterroriza Los Ángeles con sus crímenes».

Eché a correr hacia el botones, quien creyó llegada su última hora y cerró les ojos.

Lo cogí por la muñeca y lo introduje en el apartamento de un fuerte empellón.

Luego cerré la puerta desde fuera.

Oí que subía el ascensor. Dentro de él viajarían una docena de personas a juzgar por el ruido que armaban con sus voces.

Eché a correr hacia la escalera y continué ascendiendo ahora más aprisa que antes.

Dos plantas más arriba hube de detenerme para recuperar la respiración.

De abajo empezaron a llegar más gritos. Miré las puertas que se extendían ante mí, a lo largo del pasillo, y me dije que de un momento a otro empezarían a abrirse y entonces yo no tendría escapatoria.

Corrí otra vez y abrí de un tirón la hoja del apartamiento al que yo me dirigía.

Pasé dentro y después de cerrar permanecí inmóvil.

Judy O'Connor estaba tendida en un diván y empezó a incorporarse. Se cubría con una blusa y unos shorts que estilizaban su hermoso cuerpo.

Quedó sentada y sus ojos me miraron con perplejidad.

—¿Qué ha venido a hacer aquí ahora? —exclamó.

—Te has dado mucha prisa, ¿eh, Judy? —dije sin contestar a su

pregunta.

—Oiga, ¿qué clase de lenguaje habla usted que jamás le entiendo?

—No te hagas de nuevas, nena. Ahora estás atrapada y vas a confesar rápidamente.

—¿Qué es lo que quiere que confiese? ¿O es que pretende escuchar otra vez la historia de mi hermana?

—No, esa la sé de memoria. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Me levanté hace media hora y acabo de salir del cuarto de baño.

Me acerqué a ella rápidamente.

—Dame la mano, Judy.

—¿Cómo? —titubeó unos instantes, pero al ver mi revólver me tendió su diestra.

Yo me había dado mucha prisa en subir y podía escuchar perfectamente los latidos de mi corazón. El de Judy, después de haber matado a dos personas y huir del departamento para no ser sorprendida, debía galopar como un caballo desbocado.

Pero le tomé el pulso y era completamente normal.

Le dejé la mano libre y yo me apreté las sienes.

Judy me estaba mirando otra vez como si yo me acabase de escapar de un manicomio. Y es posible que mi aspecto no difiriese mucho del de un loco.

Guardé el revólver y me dejé caer en un sillón dando un suspiro.

—Oiga, ¿sabe que hace usted cosas muy extrañas para ser un policía?

—No soy un policía.

—¿Qué dice?

—Reserva tu asombro para después. ¿No leíste algún diario de esta mañana?

—Sí, pero sólo la primera página.

—Tuviste bastante.

Me miró parpadeante y de pronto empezó a abrir la boca señalándome con el dedo.

—¡Usted…! ¡Usted es…!

—Sí, nena. Jerry Blake.

Se llevó una mano a la mejilla.

—¡Santo cielo! ¿Y qué hace usted aquí?

—Vengo de matar a otros dos.

—¡No!

—Sí, ahora los mato por parejas. Todo es cuestión de entrenamiento.

—¡No puede estar hablando en serio!

—Creo que será la cosa más agradable que oiré hasta el momento en que me metan en la cámara de gas.

Hubo una pausa y luego ella dijo:

—Yo no creo que usted haya matado a nadie.

—¿Por qué, Judy? ¿Por qué no lo crees?

—No sabría explicarlo —hizo otro gesto de sorpresa—. ¡Pero usted ha creído que yo sí lo hice!

—Sí, confieso que sí. Mi confianza en mis semejantes es bastante quebradiza. Quizá me haya hecho así mi profesión. Soy detective privado. Y además, Judy, tú encajabas perfectamente en el cuadro.

—¿Qué es eso del cuadro?

Pensé que era un buen momento para hacer un examen general de todo lo que me había sucedido a partir del momento en que fui conducido a presencia de Marty Johnson por dos matones.

Se lo conté todo a Judy, desde el principio al fin, y ella me escuchó sin hacer ninguna interrupción. Finalmente, cuando hube terminado, ella preguntó:

—¿Y qué es lo que creíste de mí?

—Yo estaba esperando en el «Hotel Gambito» un enlace de Turner que establecería contacto con Sorrento, por eso te seguí. Luego, al encontrar a Turner asesinado en mi apartamiento, imaginé que tú o Ralph lo habríais matado para hacer el negocio por vuestra cuenta. Debes reconocer que era un bonito plan.

Se pellizcó la barbilla pensativa y en eso sonó el zumbador de la puerta.

—¡Abra, señorita O’Connor!

Miré a Judy y me puse en pie.

—Bueno, nena, ha llegado mi hora.

—¡Pero tú no eres el asesino!

—Escúchalos a ellos y verás lo que dicen.

—Demostrarás tu inocencia.

—Va a ser un poco difícil, aunque naturalmente no me voy a dar por vencido.

—Pero estarás en la cárcel y eso te va a dar muy pocas oportunidades.

—Sí.

Se levantó rápidamente y me tomó por la mano.

—¡Ven conmigo!

—¿A dónde, Judy?

—Tienes que permanecer escondido mientras registran el apartamiento.

Fuimos al cuarto de baño y abrió la ventana.

—Sube ahí arriba. Afuera hay un pequeño saliente. Tendrás que arreglártelas para permanecer incómodo unos cuantos minutos.

Otra vez sonó en mis oídos el aullido de Gladys Breart mientras cruzaba el aire antes de chocar contra el suelo. Cuando yo estuviese encima del hueco, saliendo, a Judy le resultaría muy fácil propinarme un empujón y entonces no podría agarrarme a nada.

La miré a los ojos.

—Date prisa, Jerry —dijo.

—Sí, nena.

Trepé a lo alto de la ventana y pasé una pierna por el alféizar.

De pronto sentí las manos de Judy sobre mis caderas. Me quedé quieto y luego escuché su voz.

—Ten cuidado, Jerry.

Finalmente salí al aire.

Vi el saliente a que ella se había referido. Aquella ventana no daba a la calle sino a un descampado. Miré abajo y sentí el vértigo. Si yo caía por allí, quedaría mucho más muerto que Gladys Brean.

Entonces Judy cerró la ventana y pasó el pestillo.

Y la boca se me secó porque allá quedé suspendido en el vacío, adherido a la pared como una sanguijuela.

CAPÍTULO VIII

TRANSCURRIÓ un siglo o dos, aunque quizá fue medio minuto.

Oí voces en el cuarto de baño y poco después todo quedó en silencio.

Pensé en Marty Johnson y en Sorrento y en todos los demás personajes que giraban alrededor de mi aventura. ¿Por qué se le habría ocurrido a Johnson pensar en mí? Yo era un tipo muy grande en Nueva York y había hecho muchas cosas que habían entusiasmado a ese público ávido de sensacionalismos, pero esto era Los Ángeles y aquí era un cualquiera.

Todo estaba demasiado complicado y yo tenía muy poco tiempo a mi disposición para descubrir la verdad. Además de tener a mis talones a la policía, debería contar con los gorilas que me enviasen para acabar conmigo.

La ventana del cuarto de baño se abrió y vi aparecer la mano de Judy, al tiempo que escuchaba su voz.

—Ya puedes entrar, Jerry.

Y entonces me di cuenta de que eso estaba muy difícil. ¿No han probado ustedes a salir por una ventana de la calle? Háganlo, quizá les resulte sencillo, y hasta es posible que aguarden unos minutos pegados a la pared apoyando la punta de los dedos en una base de unas veinte pulgadas.

No había espacio para poder agacharme, pero lo debía intentar. No iba a estarme allí toda la vida porque terminaría por caer abajo.

Respiré débilmente porque temí que mis pulmones se hinchasen demasiado.

—¿Qué te pasa, Jerry? —oí de nuevo a Judy—. ¿Es que no estás

ahí?

—Sí, nena. Aquí estoy. Pero ya quisiera estar dentro…

Avancé unas pulgadas y miré el alféizar. Si intentaba agacharme mis pies no soportarían tan difícil posición. Cualquiera de ellos, el derecho o el izquierdo, resbalaría y me iría al fondo.

Se me ocurrió una idea recordando a los trapecistas del circo. Me dejaría caer y aferraría las manos al filo de la ventana. Pero no podía fallar.

Empecé a flexionar las piernas poco a poco, muy lentamente, conteniendo el resuello.

Sentí el sudor que me bañaba todo el cuerpo y justo en ese instante empezó a picarme la espalda.

Tuve la impresión de que la pulga más gigantesca del mundo había saltado sobre mi carne y estaba clavándome el aguijón.

No podía soportarlo más. Salté.

Mis pies se hundieron en el vacío. Vi cómo el alféizar pasaba ante mis ojos y me maldije porque entonces me di cuenta de que había calculado mal la distancia.

Alargué un poco las manos y logré cerrarlas sobre el filo.

Sentí un tirón brusco que estuvo a punto de romperme la medula y allá quedé colgado.

—¡Jerry! —oí que exclamaba la rubia.

Me tomé unos instantes de descanso y luego empecé a izarme a pulso. Introduje el cuerpo por el hueco y salté al cuarto de baño rodando por el suelo. Y lo hice con tan mala fortuna que golpeé contra las piernas de Judy y ella también se derrumbó golpeando la cabeza contra la pared.

—¡Judy! —exclamé echándome sobre ella.

Estaba un poco aturdida y le palmeé en la mejilla.

Ella se tocó la cabeza y quedóseme mirando.

Sentí la suave tibieza que emanaba de su piel y vi sus rojos labios entreabiertos.

Hice lo que cualquiera hubiese hecho en mi lugar. La besé. Y no fue un beso de gratitud.

Luego ella se apartó cerrando y abriendo los ojos.

—Jerry, te están buscando.

—Que me busquen todo lo que quieran —murmuré y la besé otra vez.

Me apartó con las dos manos y se puso en pie alisándose la falda.

Infiernos, ¿cómo no la había encontrado antes? Sí; yo vivía en Nueva York y ella en Los Ángeles, pero a Marty Johnson se le podía haber ocurrido enviarme allí diez años atrás.

También me puse en pie y ella echó a andar hacia el vestíbulo.

Tuvo una maravillosa idea. Fue a un pequeño mueble y sacó una botella de whisky y una bandejita con dos vacos. Cuando hubo escanciado me tendió uno.

Bebimos el primer trago y luego encendimos cigarrillos. Todo en silencio. Luego ella se sentó en el diván, pero yo quedé en pie.

—¿Qué vas a hacer ahora, Jerry? —preguntó.

—No comprendo mucho lo que ocurrió en el apartamiento de Gladys Brean.

—Gladys mató a Leo y luego se suicidó.

—¿Por qué lo iba a matar?

—Porque él pensaba decirle a Sorrento lo ocurrido entre tú y ella.

—No, Judy. Eso no encaja. Gladys amenazó a Leo en mi presencia y él se mostró como un inocente corderino. Además, la pelirroja no es de las que se suicidan…

—Entonces sólo queda la otra respuesta. Alguien entró allí, clavó el cuchillo en la espalda de Leo y arrojó a Gladys por la ventana.

—Con arreglo a mi criterio, no pudo ser de otra forma.

—¿Y quién fue el asesino?

—No lo sé. Todo está bastante complicado. Pero indudablemente el motor que los ha impulsado a todos es el maletín que contiene los documentos comprometedores para Marty Johnson.

De pronto recordé algo y miré a la muchacha.

—Necesito salir de aquí.

—¿Para qué?

—Quiero comprobar si Marty Johnson se encuentra en Nueva York. Gladys me anunció que Sorrento estaba al llegar y si Marty también está de viaje, quedará probado que la convención de los prohombres del Sindicato del Crimen es inminente.

—¿No puedes llamar desde aquí?

—Sería como anunciarles mi presencia. Antes de un minuto me cazarían.

—Sí, tienes razón.

Nos pusimos a pensar y de pronto ella hizo chasquear los dedos.

—¡Ya lo tengo, Jerry! ¡Te disfrazarás!

—No me digas que me voy a poner uno de tus jerseys o cualquiera de esas faldas apretadas. ¿A quién iba a engañar? Los «polis» estarán con los ojos bien abiertos.

—Serás mi padre.

—¿Cómo?

—¿No te dije que soy modelo de algunos dibujantes?

—Sí. ¿Qué tiene que ver eso?

—Hace unos días posé para un dibujo publicitario. Yo hacía de anciana, ¿sabes?

Le eché una mirada a su físico.

—¿Es así como desperdician tu juventud y lo demás?

—No seas tonto —rio ella—. En mi cara y en mi cabello se refleja la vejez, pero el resto del cuerpo era el que yo tengo. Es uno de los dibujos que llaman sicológicos. Anda, ven a mi dormitorio. Me traje aquí la valija con todo lo que necesité para posar, porque era el último día de mi trabajo antes de tomar mis vacaciones.

Me enseñó una peluca. Fui al cuarto de baño y me la puse. Yo me quedé muy serio contemplándome y en eso oí la carcajada que ella soltaba a mis espaldas.

—¿Cómo quieres que me ponga esto? —rezongué—. Sería preferible que saliese diciendo a gritos mi nombre.

—No seas pesimista. Poseo habilidad para el maquillaje y tenemos de todo; polvos, cremas y otras cosas. Ven a sentarte al tocador y déjame hacer.

—Preferiría otra solución.

—¿La hay?

Permanecí un rato pensativo reflexionando y finalmente cogí a Judy por la mano.

—No, nena. La tuya es la única.

Me senté frente al tocador y ella se puso a trabajar.

—Judy.

—¿Sí?

—¿Qué hay con Ralph?

—Estoy loca por él… ¿Quieres estarte quieto? No puedo ponerte bien la peluca.

—No puedo creerte. ¿De modo que te mueres por sus huesos?

—Ajá.

—Y has dejado que yo te bese.

—Empleaste la fuerza.

—Pero me estás ayudando. No me entregaste a la policía.

—Tuve confianza en ti.

La agarré por las muñecas y ella dijo:

—Creí que tenías mucho interés en salir del hotel.

—También lo tengo por ti.

Me miró con sus grandes ojos. Quise besarla, pero ella lo impidió ladeando la cabeza.

—Si no dejas que haga mi trabajo nunca podrás dar con el verdadero asesino.

—Está bien —rezongué dejándola libre.

Fui observando en el espejo la transformación que ella realizaba. Cuando hubo terminado quedé perplejo.

—Oye, eres una estupenda maquilladora, Judy.

—Para algo ha de servirme lo que he hecho en el cine. Ahora sal al living y siéntate. Voy a vestirme.

Fui al living y me preparé un buen vaso de whisky.

—Oye, Judy —grité—; no me gusta eso de que vengas conmigo.

—Resultará más perfecto. Yo iré cogida de tu brazo y los que estén abajo no tendrán duda de que somos padre e hija.

Di mi conformidad con un gruñido aunque empecé a pensar que la verdadera razón quizá estuviese en que me agradaba su compañía. Decidí que, al fin y al cabo, no habría ningún peligro. En cuánto saliésemos del hotel, me despediría de ella.

Al cabo de un rato apareció con un vestido de color verde. Estaba prodigiosamente bella.

Nos miramos unos instantes y de pronto ella dijo:

—Te he engañado, Jerry.

—¿Vas a decir que tú asesinaste a Gladys y a Leo?

—No, pero yo no estoy loca por Ralph.

—¿Entonces, no le correspondes?

—Ralph está enamorado de mi hermana Eva.

Cerré los ojos y permanecí un rato en aquella posición pretendiendo captar el eco de sus palabras mientras seguía hablando.

—Ralph es un buen chico. Conoce desde hace muchos años a Eva. Quiere casarse con ella, pero mi hermana se enamoró de ese Galiano.

Avancé sobre Judy y la cogí por los brazos.

—Eres un tesoro —dije.

—Y quiero confesarte una cosa. Tú también me interesaste a mí desde el primer momento que te vi, cuando empezaste a seguirme desde la playa de estacionamiento del «Hotel Gambito».

—¿Qué dices? —galleé—. ¿Te diste cuenta que yo te seguía?

—Lo supe cuando el encargado del registro me dijo que esperase para llamar al apartamiento de Sorrento. Oí cómo hablaba en voz baja y me pareció todo muy extraño.

Apreté los labios.

—De modo que me sacaste intencionadamente por toda la ciudad.

—Lo hice para que me abordases.

—Esa sí que es buena. ¿Por qué no hiciste un guiño o alguna señal especial?

—No quería que me confundieses con cierta clase de mujer.

La apreté contra mí y fui a besarla, pero ella protestó:

—¡Oh, Jerry, el maquillaje!

—¡Al infierno con el maquillaje!

—No, Jerry. Me costaría otro buen rato para reponértelo y lo importante es que salgamos de aquí.

Ella tenía razón.

Salimos del apartamiento y bajamos en el ascensor.

En el hall había gente y también la había en la calle.

Pasamos un gran susto cuando un policía se dirigió a nosotros. Judy dijo rápidamente que yo era su padre y que me llevaba al médico. El policía nos saludó con una sonrisa y se apartó de nosotros para interrumpir el paso a un huésped que salía al mismo tiempo que nosotros.

Ocupamos el «Chrysler» que yo conocía tan bien y Judy lo puso en marcha y nos alejamos del hotel donde se había perpetrado el doble asesinato.

CAPÍTULO IX

—RESIDENCIA del señor Johnson —dijo desde el otro extremo del cable la voz del criado que ya había oído con anterioridad.

—Soy yo otra vez, abuelo; Jerry Blake. Avise a su patrón.

Transcurrió un minuto y luego oí otra voz que no era la de Johnson.

—Oiga, señor Blake, el señor Johnson no se puede poner en este instante.

—¿Por qué no?

—Asiste a una importante reunión de negocios.

—Déjese de historias y dígale que coja el auricular inmediatamente.

—El señor Johnson me ha encargado que usted me diga lo que quiere.

—No, hermano. No se lo voy a decir.

—Puede confiar en mí, señor Blake. Soy uno de los secretarios del señor Johnson. Yo transmitiré su mensaje y luego le daré la respuesta.

—He de decírselo al señor Johnson. Fuera intermediarios.

—Lo siento, pero le repito que no puede ser.

—Ya le comprendo, secre. El señor Johnson no se encuentra en Nueva York.

—¿Quién le ha dicho eso?

—El señor Johnson está a punto de llegar a Los Ángeles, si es que no ha llegado ya.

—¡Oh, no! —rio el fulano—. Usted está equivocado. El señor Johnson está en Nueva York.

—A mí no me la pega, compadre. Y le voy a agregar algo de regalo. El asunto que me confió el señor Johnson está que echa fuego. He de hablar con él con suma urgencia. De lo contrario, no respondo de lo que ocurra. ¿Se da cuenta, secre? Si usted no me dice dónde puedo encontrar a su jefe en Los Ángeles, ya puede estar seguro de que su patrón se va al infierno… ¿Lo ha oído bien? ¡Al infierno!

El hombre carraspeó.

—Pero lo que usted pide es imposible, señor Blake. Tengo orden tajante del señor Johnson…

—Usted me da risa. Johnson le dio una orden para que permaneciese callado, pero ahora, si usted sigue esa orden, a él le habrá llegado su última hora… ¿Sabe que es estupendo? Deberían concederle la medalla de la fidelidad.

Titubeó otra vez.

—¿Y si usted no fuese el señor Blake? —dijo.

—¿Está usted al corriente de la misión que me confió Johnson?

—Sí, señor.

—Yo se la repetiré. Debía venir a Los Ángeles en busca de un maletín.

—No siga, señor Blake.

—Oiga, por este maldito caso estoy metido en un condenado lío. No puedo esperar más tiempo. Le voy a conceder cinco segundos. Si para entonces no me ha dicho el lugar de Los Ángeles donde está Johnson, ya puede estar seguro de que colgaré, y por favor, siga siendo fiel a la memoria de Marty Johnson y envíele una corona.

—No puedo, señor Blake… No puedo.

—Uno…, dos…, tres…

—Bulevar Redondo Beach 150.

Di un suspiro y colgué.

Judy, a mi lado, me secó el sudor de la frente con un pañuelo y me enseñó éste manchado de maquillaje.

—Mi obra se arruina —comentó sonriente.

Su ocurrencia merecía un beso y la cabina del bar de Culver City facilitó la cosa porque era muy estrecha.

Estando en ello empezaron a golpear los cristales. Un tipo protestaba porque quería usar la cabina.

—Oh, Jerry —dijo mi chica con las mejillas enfebrecidas.

Al salir observé que el tipo se quedaba perplejo al verme con sesenta años encima platicando con una pollita de veinte.

—Tenía que haberme visto a los dieciocho años —le dije guiñándole un ojo.

Nos sentamos a una mesa que había en un rincón, junto a una ventana.

—Bueno, chica —murmuré—. Ha llegado el momento de separarse.

—¿Es que vas a ir al Bulevar Redondo solo?

—Sí, pequeña. Con tu disfraz.

—Creo que te arriesgas mucho, Jerry. No me gusta ese cliente tuyo, Marty Johnson.

—A mí tampoco, nena; pero recuérdalo, me obligó a aceptar el caso.

—Sí, Jerry, pero a juicio suyo, has fracasado. No le llevas el maletín.

—He de aclarar con él un par de cosas. El «Gran Pulpo» se reúne en esta ciudad y yo no puedo desaprovechar la ocasión.

—¿Qué es lo que pretendes, Jerry?

Le apreté suavemente una mano entre las mías.

—Acabar con todos ellos.

—¡Oh, no…! ¡Tú no puedes hacer esto…! Quiero decir que no podrás hacerlo solo, Jerry. Esos hombres estarán rodeados por un verdadero ejército de asesinos… Te matarán.

—Sabré arreglármelas bien.

—¿Y si avisases a la policía?

—Me gustaría, pero en este caso concreto no se puede hacer nada en ese sentido. Desgraciadamente, todos los indicios me acusan a mí de las muertes de Turner, Leo y Gladys Brean, y si yo empiezo a contarles una historia acerca de una reunión de los miembros del Sindicato del Crimen aderezada con la del maletín, creerán que estoy tan loco que me pondrán seis camisas de fuerza.

Se mordió el labio inferior porque ella era comprensiva y se daba cuenta de que yo estaba hablando con lógica.

Bebí el whisky que había en mi vaso.

—Será mejor que nos marchemos. Quiero ver cuanto antes a Johnson.

Salimos fuera del bar y entonces ella dijo:

—Llévate el coche.

—No, es tuyo.

—Puedo ir en autobús y estaré más tranquila pensando en que volverás muy aprisa.

Caminamos hacia la playa de estacionamiento y nos detuvimos junto a la proa del «Chrysler».

—Judy —la miré a los ojos—, quiero decirte la cosa más sincera que haya podido pronunciar en toda mi vida. Nunca he encontrado a una mujer como tú… Jamás.

Infiernos, ¿es que me iba a poner romántico ahora?

Le di un beso muy aprisa y me metí en el coche.

Cuando estaba a unas veinte yardas de ella volví la cabeza y la vi agitando el brazo en el aire.

Bajé por la calle Figueroa hacia San Pedro, pero antes de llegar a Gardena tomé el Bulevar Redondo Beach.

Era un lugar residencial donde las casas aparecían rodeadas por extensos jardines en los que predominaban las palmeras, las grandes piscinas y los grandes tipos con ingresos superiores a los doscientos mil por año. Peces gordos. Y Marty Johnson era uno de ellos, aun cuando sus saneados ingresos procediesen de fuentes nada claras.

El 150 tenía el portón cerrado.

Estacioné junto al bordillo y eché a andar un poco encorvado deteniéndome ante la reja. Allá había un timbre que pulsé.

De una casita que había a la derecha salió un hombre en mangas de camisa, un tipo rechoncho con el cabello revuelto.

—¿Qué quiere, abuelo? —preguntó.

—Hablar con el señor Johnson.

Arrugó la nariz mirándome a la cara.

—Lo siento, abuelo, pero a usted le dieron la dirección equivocada. Aquí no vive ningún señor Johnson.

Yo también observé a mi vez al tipo. Podía estar mintiendo o quizá dijese la verdad. Para él Marty Johnson sería otro hombre cualquiera, como por ejemplo un honrado salchichero de Chicago que acudía a California para descansar.

Miré hacia el fondo de la casa, y la vi blanca, limpia, con sus altas columnas y el porche desierto.

No iba a adelantar nada diciéndole que yo quería ver al inquilino de aquella casa, fuera cual fuese su nombre.

—Me dieron la dirección en un papel —repuse y metí la mano en el bolsillo de la chaqueta. Saqué el recibo de la tintorería que había traído desde Nueva York—. Sí, aquí lo dice. Es el número ciento ochenta.

—Este es el ciento cincuenta —dijo el hombre.

—Perdone y gracias.

Me metí en el «Chrysler» y cuando me alejaba vi al tipo todavía en el portón.

Unas cien yardas más allá detuve otra vez el coche y me puse a pensar.

Si yo quería llevar adelante mi plan, no tenía más remedio que ver a Johnson.

Abrí la portezuela y salté fuera, encaminándome otra vez al número ciento cincuenta.

De pronto vi llegar un camión del tipo que utilizan las agencias para transportar los muebles. Se detuvo en el ciento cincuenta y dos y el conductor empezó a hacer sonar el claxon furiosamente para que le abriesen el portón.

Estaba lo suficientemente cerca para oír un diálogo.

—Vamos, fulano, abre de una vez.

—¿Para qué tanta prisa? —repuso una voz desde dentro.

Luego se oyó ruido y el portón quedó abierto.

El conductor del camión asomó la cabeza cuando el vehículo pasaba hacia el interior.

—Manténgala abierta. Ahora llegan los actores.

Entonces pude leer lo que había escrito en un costado del camión: «Compañía de Arte Minoritario de Santa Mónica».

—Está bien —rezongó el otro—. ¿Por qué infiernos al patrón le tiene que dar por estas porquerías? Arte Minoritario… En mis tiempos sólo se representaba a Shakespeare.

Retrocedí rápidamente hacia donde estaba mi coche y volví la proa hacia abajo.

Llegó un «Mercury» que se coló por el mismo camino que había seguido el camión y luego apareció un segundo vehículo cargado de mujeres que reían alborozadamente.

Entonces puse en marcha el motor y fui hacia allá.

El tipo que había en la puerta me echó una mirada y yo saludé alegremente.

—¡Párese! —dijo.

Me detuve y él asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué quiere, abuelo?

—Formo parte del cuadro de actores de la Compañía de Arte Minoritario.

Y cogí la peluca por un extremo y la levanté unas pulgadas.

—¡Infiernos! —exclamó poniendo cara de asombro—. Usted es un joven.

—Tengo por costumbre acudir caracterizado cuando tengo mucho trabajo. Después de aquí me esperan en otra parte.

Se apartó del coche y yo conduje hacia el garaje que había visto a la izquierda.

Media docena de muchachas habían ido a la piscina y algunas de ellas se metieron en las casetas para cambiar sus ropas por el bañador.

Salté del coche y cuando vi que nadie me miraba, me dirigí con paso lento hacia el muro de separación con la residencia donde se encontraba Johnson.

Era muy alto por aquella parte.

Seguí por un camino bordeado de setos que corría paralelo a la pared. De pronto vi que aquella parte del muro era más moderna, y lo que era más interesante para mí, mucho más bajo. Quizá un temporal había derribado el primitivo muro y luego, al reconstruirlo, lo hicieron menos alto. Por allí había muchos pinos californianos y algunos de ellos estaban muy cerca del ladrillo.

Miré a mi alrededor no sintiéndome observado. Gateé rápidamente hacia arriba después de elegir un tronco que me venía a la medida.

Pude ver la residencia de Johnson. Había dos tipos hablando en el garaje, junto a un coche. Solté una maldición porque estaban demasiado cerca y me verían saltar.

Esperé un rato y de pronto uno de los tipos hizo una señal con la cabeza y los dos se marcharon al interior del garaje. Bueno; ellos podían regresar en cualquier momento, pero ahora tenía mi oportunidad y no la iba a desaprovechar. Alargué una pierna y logré poner la planta en lo alto de la pared. Quedé en una extraña posición porque comprendí que el pino crecía demasiado lejos. Si tomaba impulso podían ocurrir dos cosas. Que cayese en la parte

donde me encontraba o que fuese a rodar a la casa de Johnson. En los dos casos me rompería la columna vertebral o, cuando menos, una pierna o un brazo. Pero, ¿qué le podía importar eso a un tipo que estaba destinado a la cámara de gas?

Respiré hondo y después de apretarme contra el tronco me eché hacia el otro lado con todas mis fuerzas.

Mi cuerpo se enderezó, pero continuó su carrera inclinándose.

Miré hacia abajo para elegir un lugar donde caer y vi arbustos por todas partes, pero allá un poco a la izquierda había un trozo de seto. Encogí las piernas en el aire y fui a caer justamente donde quería.

Mis dientes entrechocaron por efectos del golpe y rodé por la hierba.

Finalmente me detuve y miré hacia la parte del garaje. No; los tipos continuaban en el interior.

Entonces corrí agachado hacia una terraza que había a la izquierda del garaje y salté la balaustrada sin detenerme.

Había una puerta abierta y me colé por ella.

Frené mi carrera en seco al ver a Marty Johnson cubierto con un batín. Estaba sentado en un sillón y se llevaba una taza de café a los labios.

Oyó mi carrera y levantó rápidamente los ojos observándome.

Su cara empezó a ponerse pálida y la taza le resbaló de los dedos haciéndose añicos en el suelo.

Metí la mano en el bolsillo de la chaqueta.

Johnson abrió los ojos despavoridos.

—¡No me mate…! ¡Le daré dinero!

—Vengo de parte de Max y de Navy.

—¿Cómo?

—Usted los envió al matadero, Johnson.

—No es posible que estén muertos… ¿Quién es usted? ¿El padre de Max o el de Navy? Debe ser el de Navy. Se parece un poco.

—Sí, ¿verdad?

Johnson sonrió.

—No tiene que preocuparse por su porvenir. Si Navy murió yo me ocuparé de usted a partir de ahora.

Ya había conseguido mi objetivo.

—Es usted un cerdo, Johnson.

Se encogió en el sillón cuando saqué la mano del bolsillo, pero yo no exhibí ningún revólver.

Me quité la peluca de un tirón y se la arrojé a la cara.

Johnson se me quedó mirando perplejo, con la boca abierta.

—¡Blake! ¡Jerry Blake!

—Sí, Johnson; el hombre a quien usted contrató y al que luego sus propios muchachos quisieron liquidar siguiendo sus órdenes.

Tragó saliva mientras forzaba una sonrisa.

—Oh, no, Blake… Usted no tiene razón.

—Debería meterle una bala entre los dos ojos.

—Creí que usted me había engañado.

—¿De qué modo?

—Pensé que había matado a Turner y que pensaba «chantajearme» con el maletín.

—Usted al parecer me cree estúpido —le sonreí enseñándole los dientes—. Me sentenció desde el principio, Johnson.

—¿Cómo iba yo a hacer eso con un hombre que iba a ayudarme?

—Usted creyó que yo se la jugaría.

—Eso es absurdo. Ya le dije que tenía confianza en usted.

—Pensó que yo me las arreglaría para dar con Turner. Usted no quería que sus hombres fuesen vistos por los de Sorrento y me comisionó para hacer la parte más importante del trabajo. Luego, una vez con el maletín en su poder, me habría liquidado. Yo fui un ingenuo al pensar que usted no habría ordenado mi vigilancia, pero estoy seguro de que Max y Navy anduvieron tras de mí desde el principio. Cuando Turner fue muerto en mi apartamiento, ellos se pusieron en contacto con usted comunicándole lo que había y usted pensó que yo le iba a traicionar, que había matado a Turner y que pretendía sacarle el dinero con el maletín. Entonces dio orden a sus verdugos de que me calentasen.

Johnson había empezado a sudar. Sacó un pañuelo del bolsillo del batín y lo pasó por la cara enjugándosela.

—Supongamos que admito esto, Blake. ¿Qué podía hacer después de saber que Turner había sido asesinado en el apartamiento de usted? Cualquiera en mi lugar habría imaginado lo mismo. Usted se había hecho dueño del maletín y con él en su poder iba a «chantajearme».

—Liquidé a Max y a Navy.

—Se lo tienen merecido por incompetentes.

Sentí náuseas al escucharlo y mi primer impulso fue cogerle el cuello son las manos, pero con eso sólo habría conseguido eliminar a uno de los tentáculos del pulpo.

—Hagamos las paces, Blake —me sonrió.

—¿Hasta cuándo?

—No tengo nada contra usted.

—¿Y qué hay del maletín, o es que ha perdido ya todo interés por él?

Otra vez se puso serio.

—¿Quién cree que lo tiene?

—El que mató a Turner.

—Sí, pero, ¿quién fue ese maldito asesino?

—Tengo una hipótesis.

—Dígamela. La escucho.

—No, Johnson. No le voy a decir nada.

Hizo una mueca.

—¿Por qué? —sonrió nuevamente—. Ya comprendo, quiere los veinte mil dólares. De acuerdo. Los tendrá ahora mismo.

—Tampoco se lo explicaré aunque me dé el dinero. Quiero seguir viviendo, y la idea que yo tengo acerca del paradero del maletín es mi seguro de vida. Si es verdad que usted quiere recobrarlo, respetará mi integridad física hasta que todo quede aclarado.

—No me gusta esto. Yo soy un cliente y usted tiene obligación de decirme todo lo que haya descubierto. ¿No se llama eso ética profesional?

Me llegó el turno de reír. Aquel hijo de perra hablaba de ética profesional y no había vacilado en sentenciarme a muerte.

—Hablemos de otra cosa —dije—. ¿Cuándo es la convención?

—Dentro de cinco o seis días; ya se lo dije.

—¡Y un cuerno! ¿Sabe que me estoy preguntando cuándo va a jugar limpio conmigo? Sorrento ya ha llegado a Los Ángeles y usted también se encuentra aquí y eso sólo quiere decir una cosa. Que la convención se va a celebrar enseguida porque se ha adelantado la fecha.

Se removió nervioso en el sillón.

—Está bien. Usted gana, Blake. Se celebrará pronto, antes de la fecha que se había fijado en principio.

—¿Cuándo?

—No es cuestión suya.

Sonreí irónico.

—¿No sabe que será su entierro?

—Tonterías. La persona que tiene el maletín pretenderá «chantajearme» a mí.

—¿Y por qué no se lo ha de vender a Sorrento?

—Esa era una idea exclusiva de Turner porque quería vengarse de mí.

—¿Y cuál era el motivo de esa venganza?

—Le quité a su chica. Ella me prefirió a mí, ¿sabe?

Meneé la cabeza.

—Usted está equivocado, Johnson. Sólo le voy a decir algo acerca de mi hipótesis. Nadie le va a hacer chantaje. La persona que tiene el maletín se lo venderá a Sorrento.

En sus ojos empezó a reflejarse el miedo.

—¿Qué le hace suponer eso, Blake?

—No lo supongo. Estoy seguro de ello y le voy a agregar algo más. Sorrento aparecerá con el maletín en la convención.

—¡No!

Saqué un cigarrillo y lo encendí parsimoniosamente mientras observaba al rey del hampa de Nueva York. Otra vez se había puesto a sudar.

—¿Por qué pretende atemorizarme, Blake?

—No, Johnson; esta no es mi intención. Usted mismo puede contestar a su pregunta. ¿Le he pedido acaso dinero? Usted siempre fijó las cantidades. Diez mil al principio, veinte mil después —hice una pausa—. El que continúe en esto se debe única y exclusivamente a que quiero sacar el cuello del fango que empieza a ahogarme. Estoy acusado de un triple asesinato y mi única solución es descubrir al verdadero culpable. Nuestros intereses se complementan porque el criminal tiene el maletín que usted quiere recuperar.

—No le he dicho que se aparte del asunto, Blake.

—Necesito saber cuándo se celebrará la convención y en qué lugar.

—No se lo puedo decir.

—Entonces será mejor que coja cuanto antes el primer avión y no pare hasta llegar al Polo Sur.

Cerró los ojos y permaneció un rato inmóvil. El sudor le corría por la cara y por el cuello. De pronto me miró diciendo:

—Estableceré una buena vigilancia. No dejaré que ninguno de los hombres de Sorrento me la juegue.

—¿Cree que Sorrento no tomará sus precauciones para hacer llegar el maletín a la sala donde celebren la reunión? Le creí más listo, Johnson —di una larga chupada al cigarrillo y mientras arrojaba el humo agregué—: Sólo yo puedo sacarle las castañas del fuego. Le dije antes que tengo una hipótesis.

—¿Qué tiene que ver la convención con su idea acerca de la persona que posee el maletín?

—Sólo puedo decir que me adelantaré a Sorrento y que yo me presentaré en la reunión con la valija.

—¿Por qué allí precisamente? Podemos quedar citados en cualquier lugar.

—No, Johnson. A partir del momento que yo tenga en mi poder la valija, me perseguirán como a un perro rabioso y mi única forma de librarme de ellos consistirá en devolverle a usted la mercancía. Así la guerra habrá acabado. Usted tendrá lo que quiere y ordenará a sus hombres que me protejan hasta el aeropuerto desde donde emprenderé el regreso a Nueva York.

Permaneció un rato pensativo, pero sus ojos no dejaban de mirarme escrutadoramente. Y luego sus labios se movieron.

—Celebraremos la convención esta noche.

—¿Dónde?

—En el valle San Fernando, Bulevar Roscos 224, a las once.

—Muy bien. Dígame ahora la consigna.

—No se la diré.

—¿Cómo quiere que entre para darle el maletín?

—Usted no tendrá necesidad de entrar allí. Estacione el coche dos números antes de llegar a su destino. Uno de mis hombres le cogerá el maletín y usted esperará en el coche. Mi empleado entrará en la casa y cuando yo tenga el maletín en mis manos le entregará los veinte mil dólares. Luego ellos mismos lo acompañarán al aeropuerto.

—Preferiría entregárselo personalmente.

—No, Blake. No piense en eso.

—Está bien —di un suspiro. Aunque no me gustaba el plan, me daba cuenta de que tendría que dejarlo así o él terminaría por sospechar cuál era mi verdadera intención—. Quiero la mitad del dinero ahora.

—Corriente, Blake. Le firmaré un talón.

—No me gustan los talones. Quiero dinero efectivo.

—¿Cree que yo viajo con diez mil dólares en el bolsillo? Le haré un talón que usted podrá cobrar en menos de media hora.

—De acuerdo. Hágalo.

Se puso en pie y salió por una puerta.

En la bandeja había una botella de whisky y un vaso que no había sido utilizado. Me escancié una ración. Era un buen whisky, como era lógico que lo fuese. Marty Johnson no bebía porquerías.

De pronto oí una voz a mi espalda.

—¿De dónde salió este pajarito?

Volví la cabeza lentamente. Allá en el hueco de la terraza estaban los dos hombres que había visto en el garaje. Los dos mostraban una pistola en la mano.

Bebí otro whisky y dije:

—Vuelvan a subir al árbol de donde bajaron a cuatro patas.

Uno de ellos, un tipo muy gordo, empezó a enrojecer y el otro dijo:

—¿Lo has oído, Gus? Es un payaso del circo que se nos coló en la casa.

—¿Sí? Yo le voy a hacer un chiste que no le va a gustar.

Vino hacia mí levantando la pistola. Yo sabía lo que iba a hacer; estropearme la cara con el cañón. Lo dejé acercarse y alargué la pierna pegándole con la puntera en la espinilla.

Lanzó un aullido de dolor y entonces salté cogiéndolo por la cintura y atrayéndolo contra mí para que me sirviese de escudo.

La voz de Johnson se oyó agria detrás de nosotros.

—¿Qué es lo que pasa aquí?

—Sus chicos están un poco nerviosos, Johnson —repuse.

—¡Dejadlo quieto! —gritó.

Johnson se acercó alargándome el talón de los diez mil dólares. Le eché un vistazo y lo encontré conforme.

Johnson estaba mirando a sus hombres.

—Buen par de guardianes estáis hechos… Este hombre llegó aquí como quiso. Si su intención hubiese sido matarme, lo habría hecho sin ningún obstáculo. Debería arrancaros la piel.

Cogí la peluca y me la puse otra vez.

—Ya nos veremos, Johnson —dije caminando hacia la puerta.

—No, Blake. No nos veremos —contestó él—. Recuerde que usted se pondrá en contacto con mis hombres en el lugar convenido.

Salí de allí sin mirarle otra vez.

El tipo que estaba en el portón me miró perplejo.

—¿Usted? —dijo rascándose la nuca—. Estoy seguro de que no entró.

—Abre, muchacho; tengo prisa.

Volvió la cabeza al porche y Gus le hizo una señal de asentimiento.

Fui hacia la casa donde se iba a celebrar la representación de Arte Minoritario. La reja estaba abierta y el tipo que me había visto entrar antes en el coche también se puso a parpadear confuso.

Alrededor de la piscina ya no había nadie. Caminaba hacia el garaje cuando salió de la casa un tipo de pelo planchado que se movía de una extraña forma. Me vio y me señaló con el dedo.

—Usted —dio dos palmaditas—. ¿Qué hace ahí? Vamos, reúnase con los demás.

Pero yo me metí en el coche e hice girar el volante.

El tipito vino corriendo.

—Eh, oiga, no puede marcharse… Usted fue contratado con la Compañía de Arte Minoritario de Santa Mónica… Vamos a empezar la representación.

Frené un poco y dije:

—Eso era antes, compadre. Ahora firmé con la «Metro».

Quedó boquiabierto.

Mi coche enfiló el camino y poco después salía de aquel lugar.

CAPÍTULO X

ERAN las ocho de la noche cuando terminé mi trabajo. Había pasado cinco horas en mi habitación del «Hotel Monrovia» en Pasadena, y apenas me había concedido descanso. Contemplé el maletín negro con su sello de lacre. Naturalmente, no era la valija de Johnson sino otra que yo había comprado, y en el interior había un juguete muy bonito.

Lo tomé por el asa y comprobé que no pesaba mucho.

Me entretuve otro rato quitándome el disfraz frente al espejo.

Luego abandoné el hotel llevando el maletín en la mano y fui adonde había estacionado el coche. Guardé la valija en el portaequipajes y finalmente me puse en camino hacia Los Ángeles.

Estacioné en la playa que había frente al club «La Capa» y salté del coche.

Nadie me dijo nada al entrar.

Había mucho público aquella noche. Le di una buena propina a un mozo y me condujo a una mesa situada cerca de la pista. Justamente Eva estaba dos mesas más allá colocando un paquete de cigarrillos.

Al volverse, le hice una señal y ella acudió rápidamente a mi lado.

—No ha debido venir.

—¿Por qué no, Eva?

—La policía le busca por esas muertes.

—¿Y has creído lo que dicen los periódicos? ¿O fue Galiano el que me presentó como un furioso asesino?

Se mordió el labio inferior.

—Galiano me lo contó todo.

—¿Qué es lo que contó?

Fue a contestar, pero en esto miró hacia la puerta del despacho de Galiano y luego dijo:

—No puedo hablar con usted. Nos están observando.

—Márchate, muchacha.

Se alejó por entre las mesas.

El mozo me trajo un vaso de whisky. Lo cogí para beber un trago cuando una mano se posó en mi hombro.

Alcé los ojos y vi la fea cara de Gleen.

—Cuenta con un minuto para abandonar el local —rezongó.

Le dirigí una sonrisa.

—No tengo prisa, Gleen. La noche será larga y yo siempre acostumbro a alegrarme antes de que empiecen a sobrevenir los acontecimientos.

—¿Quiere que lo saquemos en volandas?

Metí la mano en el bolsillo y le mostré la culata del revólver. Sólo la culata.

—Esta vez vino «Tom» conmigo y él también tiene ganas de pasarlo bien.

Endureció sus músculos faciales.

—¿Qué es lo que busca aquí?

—Quizá a Galiano.

—No puede recibirle.

—¡Qué pena! —dije y bebí un trago.

—¿Por qué es tan tozudo, Blake? —dijo Gleen—. Usted está solo y ese amigo suyo «Tom», no va a impedir que nosotros le demos lo que está buscando.

Le miré otra vez.

—Ya me tiemblan las piernas, Gleen. ¿Por qué no vas a decírselo a Galiano y de paso le agregas que si empezáis la fiesta aquí se va a acordar de mí mientras viva?

Sintió el impulso de golpearme, pero le mostré otra vez a «Tom» y entonces giró sobre sus talones y se apartó de la mesa.

Bebí más whisky y fumé la mitad de un cigarrillo antes de que regresase.

—Está bien —dijo—. Galiano le va a recibir.

—¡Qué amable! —dije y apuré el whisky que quedaba en el

vaso.

Me puse en pie y fui tras él.

Yo conservaba la mano en el bolsillo, sobre la culata de la pistola.

Gleen abrió la puerta y me hizo una señal como la vez anterior para que pasase, pero yo no piqué.

—Tú primero, Gleen.

—He de quedarme aquí.

—Tú primero —repetí.

Pasó dentro y yo cerré la puerta a mis espaldas.

Galiano seguía sentado tras la mesa lo mismo que la primera vez que le vi. Quizá se pasaba las veinticuatro horas del día ocupando aquel sillón.

Sus ojos me miraron con odio.

—Es usted bastante atrevido, Blake.

No me moví derecho hacia la mesa sino que me desplacé hacia la pared de la izquierda, porque no quería dar la espalda a Gleen. De esa forma, me coloqué enfrente de la otra puerta, la cual podría abrirse en cualquier momento dando paso a mis verdugos.

Yo era el dueño de aquel escenario a menos que hubiese un hueco secreto por encima de mi cabeza.

—Está bien, Blake —dijo Galiano—. ¿Qué es lo que vino esta noche a buscar aquí?

—Un asesino.

Se echó a reír.

—Es usted un tipo dramático, Blake, pero si realmente lo que busca es a un criminal, le bastará con mirarse al espejo.

—Eso es muy poco ingenioso, Galiano, especialmente si tenemos en cuenta que yo no he matado a Turner, ni a Gladys Brean ni a Leo.

—Claro, usted es un buen muchacho y la policía sólo le busca porque la ha tomado con usted.

—Usted mató a Turner, Galiano.

—¿Yo? —se puso a sonreír—. Eso es algo nuevo. ¿Por qué yo iba a matar a ese hombre si ni siquiera lo conocía?

—No lo conocía antes de que él llegase aquí.

—¿Al decir aquí se refiere a Los Ángeles?

—No, Galiano, me refiero a este mismo despacho. Turner robó

ciertos documentos a Marty Johnson y vino a Los Ángeles a ofrecérselos a Sorrento, pero Sorrento no estaba en la ciudad y entonces Turner cometió la torpeza de ponerse en contacto con usted para que usted fuese quien hiciese la oferta en su nombre a Sorrento.

—¿Sabe que tiene facilidad para la fábula?

—Usted creyó entonces que había llegado su gran oportunidad. Sólo es un empleado de Sorrento a quien tiene que dar cuenta del dinero que se ingresa, y hasta es posible que Sorrento lo trate como a un criado. Pero lo de Turner le hizo imaginar un gran sueño.

—Usted está delirando ahora, Blake.

—A usted se le ocurrió una estupenda idea después de que Turner vino aquí, o quizá mientras el propio Turner hablaba. Se haría dueño de la mercancía que comprometía a Marty Johnson y naturalmente usted no la entregaría a Sorrento sino que la utilizaría para sus propios fines.

—¿Qué fines son esos? No sabía que yo fuese un tipo tan retorcido.

—Usted tiene el propósito de presentar la documentación comprometedora para Marty al Gran Jefe.

—¿Qué gran jefe? ¿De qué está hablando?

—El mandamás del Sindicato. De esa forma Marty Johnson quedará desahuciado y usted piensa que ocupará su lugar en Nueva York.

—Es la más increíble historia que he oído en mi vida.

—En todas las cosas hay que buscar los motivos, y usted los tiene; la oportunidad, y a usted se le presentó cuando Turner le habló del maletín —hice una pausa—. Usted sabía que Marty Johnson no se estaría quieto, que mandaría a alguien para recuperar lo que para él significaba tanto. Usted imaginó que el hombre que viniese de Nueva York se arrimaría a Sorrento, de modo que sólo tuvo que vigilar el «Hotel Gambito» a la espera de que yo llegase y luego imaginó todo lo demás.

—¿Qué es todo lo demás?

—Citó a Turner en mi apartamiento y ordenó que alguien ocupase mi lugar para cuando él llegase. ¿O fue usted personalmente, Galiano, porque no quiso fiarse de nadie?

Galiano estaba lívido.

—No puede probar nada de esto.

—No lo puedo probar a efectos de una condenación en un juicio, pero basta con que yo lo sepa.

—¿Ya ha terminado?

—No, Galiano. Falta la mitad de la historia, la que se refiere a Gladys Brean.

—¿Qué me va a decir de ella? ¿También la maté yo?

—No. Usted no la podía matar porque la quiere y ella le quiere a usted.

—Eso resulta todavía más chistoso.

—Pero es la verdad. Usted pensó que todo le saldría bien y que finalmente se iría a Nueva York, pero naturalmente, para colmar todos sus deseos le haría falta Gladys Brean.

Soltó una carcajada que sonó falsa y luego dijo:

—Y entonces la maté. Ya que no podía ser mía tampoco sería de Sorrento.

—No, usted no la mató.

—Vaya, puedo descansar.

—Usted mató a otra mujer que ocupó el lugar de Gladys.

Por unos segundos reinó tal silencio en la habitación que pareció que nos encontrásemos en el interior de una tumba.

Galiana frunció el ceño.

—Repita esto, Blake.

—Gladys Brean no murió. Se encuentra en alguna parte y es ella quien guarda el maletín a la espera de que usted lo recoja para ir a la convención del Sindicato.

—Está loco, Blake, rematadamente loco.

—Yo vi el cadáver de la mujer que cayó desde el apartamiento de Gladys Brean. Estaba vestida igual que Gladys, su cabello era rojizo como el de Gladys, pero no era Gladys.

—¿Por qué no era Gladys?

—La vi en un par de ocasiones, estuve muy cerca de ella, y observé la cicatriz que tenía en la muñeca izquierda —hice una pausa recreándome en mis palabras—. La muñeca izquierda de la mujer que estaba muerta en la acera del hotel «Malaya Cove», no tenía ninguna cicatriz.

—No dice más que tonterías, Blake. Todo el mundo sabe que estoy loco por Eva O'Connor.

—Eso es falso. Usted utilizaba a Eva como tapadera a fin de que Sorrento no pudiese descubrir que de quien verdaderamente estaba enamorado era de Gladys Brean. Cuando vine aquí la primera vez encontré extraño que usted quisiera a Eva y la mantuviese en la sala vendiendo cigarrillos. Eso no era lógico.

Se mojó los labios con la lengua y por primera vez no me hizo ninguna interrupción. Yo proseguí:

—Usted sabía que yo tenía que ir a ver a Gladys Brean porque yo era perseguido por un crimen que no había cometido y Gladys era mi esperanza de llegar hasta Sorrento. Usted se llevó allá a la muchacha de cabello rojizo, a esa pobre mujer cuyo nombre ni siquiera conozco. La vistió con un duplicado del pijama que llevaba Gladys y esperó a que yo llegase para poner en marcha el tinglado. Naturalmente, no se fiaba de Leo porque era un grandullón con muy poco cerebro y hasta es posible que fuese fiel a Sorrento. Lo trinchó lo mismo que a Turner apenas yo hube salido del apartamiento, y luego arrojó a la pobre muchacha por la ventana para que todo el mundo pensase que era Gladys Brean.

Galiano bajó la mano por detrás de la mesa.

—¡No mueva un solo dedo! —le advertí sacando la pistola del bolsillo.

Trató de sonreír otra vez.

—¿Qué iba a conseguir yo con que se creyese que Gladys estaba muerta?

—Sorrento creería a pies juntillas que Gladys había pasado a mejor vida y usted se llevaría a la pelirroja a Nueva York cuando fuese a ocupar el puesto de Marty Johnson. Naturalmente, Gladys cambiaría de nombre y quizá de color del cabello.

Eso era mi hipótesis. Le había dado muchas vueltas y me parecía totalmente fundamentada. Cuando vi el cadáver de la pelirroja en la acera, pensé que era Gladys Brean y lo seguí pensando durante horas. Fue mucho después cuando recordé la cicatriz de Gladys y que la mujer que yacía en la acera no mostraba la cicatriz. Eso completó el círculo.

Rompió el silencio.

—Está bien, Blake. ¿Cuánto dinero quiere?

—Ninguno.

—¿Veinticinco mil dólares?

—No s e canse, Galiano. Sólo deseo el maletín y usted me lo va a proporcionar.

—No voy a hacer tal cosa. Le ofrezco dólares y si no los quiere, tendrá plomo.

En ese instante se abrió la puerta de enfrente y en el hueco vi dos tipos listos para hacer fuego. Yo apreté el gatillo, una, dos, tres veces.

Los fulanos se retorcieron espasmódicamente viniéndose abajo. No les había dejado tiempo para que enviasen una sola bala.

Gleen quiso pasarse de listo y echó mano a la pistola que tenía en el sobaco.

Hice otro disparo y el tipo recibió el impacto en el hombro y después de girar como una peonza lanzando un aullido, se abatió también sobre la alfombra.

Las paredes estaban acolchadas, pero era muy probable que se hubiesen oído los estampidos en el exterior.

Galiano había asistido a la masacre impávido y abría mucho los ojos como si no quisiese dar crédito a lo que veía.

Me acerqué rápidamente a su mesa con la pistola en la mano.

—¡No dispare! —gritó.

—Muévase aprisa y continuará viviendo una temporada más.

Se puso en pie muy rápidamente porque leyó en mi mirada que yo estaba dispuesto a todo.

Lo cogí por el brazo y me lo llevé a donde estaban los cadáveres de los matones.

Era un corredor largo y por el otro extremo aparecieron dos tipos galopando.

Hice fuego sin pestañear.

El primero dio una voltereta en el aire y se desplomó. El segundo recibió el plomo en la cara y su cabeza reventó manchando la pared.

Saltamos por sobre ellos y yo guardé mi pistola en el bolsillo y cogí una de las que habían abandonado los gorilas.

Ya no hubo más dificultades.

Llegamos a donde estaba mi automóvil y obligué a Galiano a sentarse al volante. Luego le apoyé el cañón en la barbilla.

—Vamos, Galiano, echa a correr al lugar donde se encuentra Gladys.

No hubo necesidad de que le repitiese la orden.

El coche se deslizó por el Bulevar Venice hacia Culver City, pero luego torcimos hacia la Universidad de Loyola, en el Bulevar Sepúlveda.

Antes de llegar al Aeropuerto Internacional, Galiano detuvo el coche en la esquina de la Avenida Manchester.

Allá enfrente había un edificio de apartamentos con muchas ventanas iluminadas.

—¿Es aquí? —pregunté.

—Sí.

—¿Cuál es su apartamento?

—El ciento treinta y dos, séptima planta; pero puedo ofrecerle hasta cincuenta mil… No sea loco, Blake. Si usted quiere, puedo llevarlo de lugarteniente a Nueva York… Será su gran oportunidad, usted será el segundo de a bordo. ¿Sabe cuánto ingresa Marty Johnson al año? Más de un millón. Le daré el diez por ciento.

—Echa a andar antes de que te rompa la cara, Galiano.

Se puso a andar y yo fui detrás de él con el revólver en el bolsillo.

El encargado nos hizo un saludo, y el tipo que cuidaba del ascensor nos obsequió con una sonrisa y nos llevó arriba sin necesidad de que Galiano le diera la orden.

En el corredor no había nadie. Galiano no necesitaba cuidar a Gladys como Sorrento porque, después de todo, ella estaba muerta oficialmente.

Galiano pulsó un timbre, se oyeron unos pasos y la puerta se abrió.

—Hola, querido —empezó a decir la pelirroja, y se interrumpió haciendo una mueca de asombro al verme allí en compañía de su hombre.

Empujé a Galiano hacia dentro y cerré la puerta.

Mostré otra vez el revólver mientras miraba fijamente a Gladys. Ahora se cubría con una blusa y shorts.

—Te han sentado muy bien esas cuantas horas que has pasado en el otro mundo, nena.

Sus ojos me miraron furiosos y cuando abrió los labios vi sus dientes apretados.

—¡Maldito seas, Blake! ¿Qué has venido a hacer aquí?

Galiano dijo tristemente:
—Lo sabe todo.
—¡Condenado entrometido! — chilló Gladys como una gata furiosa—. ¿Dónde están tus hombres, Galiano? ¿Por qué no lo has matado?
—Serénate, ricura — dije—. Hizo todo lo posible, pero yo soy un tipo duro de pelar.
Escupió una obscenidad.
—Dame el maletín —dije.
—¡Y un demonio te voy a dar! —exclamó.
Levanté el revólver apuntándole al cuello.
—Yo soy el vencedor, nena, y ese va a ser mi botín.
Galiano sacudió la cabeza.
—Dáselo, Gladys.
La pelirroja titubeó unos instantes, pero por último dio media vuelta y caminó hacia el diván.
Galiano quedaba a mi derecha y yo no le quitaba ojo a la joven.
Gladys se agachó sobre un almohadón y metió la mano debajo.
Giró muy rápidamente, pero yo vi lo que tenía en la mano. Una pistola.
Salté como un rayo detrás de Galiano y ella siguió el movimiento e hizo un disparo.
Galiano se quedó quieto y entonces Gladys echó a correr.
Pude haber disparado sobre ella, pero no lo hice.
Se metió en una habitación y cerró la puerta.
—¡Gladys! ¡Ven acá! —chillé yendo en su persecución.
Entonces oí un fuerte golpe a mis espaldas. Me detuve y volví la cabeza. Galiano estaba tendido boca arriba en el suelo y en el centro del pecho mostraba un agujero por el que le manaba un hilillo de sangre.
Reanudé mi carrera y cargué con el hombro contra la puerta, tras la que se había escondido Gladys.
Hizo fuego desde dentro. Tuve que apartarme rápidamente para evitar que me friese.
Ella gritó:
—¡El maletín es mío! ¡Yo seré quien lo utilice en mi beneficio!
Apunté a la cerradura y la hice saltar de un balazo.
La puerta se abrió, pero yo me mantuve quieto porque ella

estaría esperando a que apareciese para vaciarme el cargador.

—¡Gladys! —llamé.

No hubo respuesta.

Entré de un salto y vi la ventana abierta y un trozo de pierna de Gladys.

—¿Qué haces ahí, Gladys? ¡Vuelve!

Pero la pierna se escondió.

La pistola que había utilizado la pelirroja estaba en el suelo.

Salté al hueco y asomé la cabeza sintiendo la fresca brisa de la noche.

Al ver a Gladys sobre la pared, tratando de llegar a una terraza cercana, se me heló la sangre porque la muchacha estaba demasiado nerviosa y no avanzaba como debía hacerlo.

—¡Cuidado, Gladys! —dije con voz estrangulada—. ¡Vuelva acá! ¡No lo podrás conseguir!

Asomé el cuerpo y un brazo, sujetándome con la otra mano por dentro.

Entonces ocurrió. Gladys se separó de la pared y dio una vuelta mirando al vacío.

—¡Jerry! —gritó.

Alargué el brazo cuanto pude cuando se desplomaba.

Aferré el maletín.

El tirón para ella fue tan brusco que sus manos resbalaron por el asa de la valija y quedó colgando de la punta de los dedos.

Tenía que hacer un gran esfuerzo para mantenerme asido al otro lado de la ventana.

—¡Agárrate todo lo que puedas, Gladys! ¡Voy a tirar de ti!

Vi cómo sus dientes rechinaban tratando de sujetarse a aquel trozo de cuero que era para ella su tabla de salvación.

Su cabellera roja flotaba al viento y sus ojos me miraban muy fijos, llenos de terror.

—¡Jerry! —gritó—. ¡Jerry!

No pudo sostenerse más y su cuerpo fue tragado por la oscuridad y la vi irse hacia abajo cada vez más aprisa y cerré los párpados porque no quise ver cómo se producía el impacto contra el suelo, pero entonces me llegó el golpe sordo, brutal, y empecé a sentir arcadas.

CAPÍTULO XI

ME introduje otra vez en el cuarto de baño y fui al living. Galiano aún vivía aunque respiraba fatigosamente.

Descolgué el auricular y me puse en contacto con la policía. Les dije en qué lugar encontrarían a un hombre herido y el cadáver de una mujer que había caído por la ventana. Luego me marché de allí muy aprisa con el maletín que había pertenecido a Marty Johnson.

Una vez en el coche hice el cambio de las valijas.

Faltaban diez minutos para las once cuando detuve el coche en el doscientos veinte del Bulevar Roscos.

La portezuela de la izquierda se abrió y un tipo de nariz arrugada me apuntó con la pistola.

—Hola, chico —dijo con voz divertida.

—¿Qué tal os va? —repuse también muy alegremente.

—Baja de ahí.

Fui a descender solo, pero entonces señaló con la pistola el maletín que yo tenía al lado.

—Trae eso también.

Salté fuera y unas manos me registraron despojándome de la pistola. Era otro fulano que había detrás de mí.

—Ven con nosotros —dijo el primero.

—Eh, muchachos —repuse—; este no fue el trato, Johnson me advirtió que aquí era la despedida.

El tipo sonrió otra vez.

—Nosotros no obedecemos a Johnson. Nuestro patrón es Sorrento.

Empecé a soltar una imprecación para mis adentros, pero

entonces, el tipo que había detrás me pegó con la pistola en la clavícula y estuve a punto de caer al suelo.

—Echa a andar, labriego —dijo.

¡De modo que los papeles se habían cambiado! Fuera como fuese, tenía que obedecer.

Me hicieron entrar en el doscientos veinticuatro y el tipo que iba delante se detuvo señalando hacia una parte del jardín que había al lado del camino. Allá vi dos cuerpos inmóviles.

Soltó una risita.

—Esos son los muchachos de Johnson que debían esperarte fuera, pero nosotros ocupamos su lugar.

Aquello cada vez se ponía más emocionante. No saben ustedes cuánto.

Subimos a un porche donde había media docena de individuos sentados en sillas.

—Paso libre —dijo el hombre que me precedía—. Llegó el correo.

Uno de los gorilas abrió la puerta y nosotros pasamos al interior de la casa.

Cruzamos un gran vestíbulo y el gángster que iba delante abrió una puerta.

—Adentro, Blake.

Pasé al interior con el maletín en la mano.

Alrededor de una larga mesa como las que utilizan los grandes hombres de Estado para tratar de los grandes asuntos, había una docena de individuos.

Esta era la convención del Sindicato del Crimen.

Estaba en presencia del Gran Pulpo. Los tentáculos se arracimaban junto a la cabecera y allá había un hombre de cabello blanco y cara respetable a quien identifiqué al instante. Era Douglas Wilson, un hombre de negocios de Nueva York, propietario de muchas cosas, filántropo, donador de obras de arte, protector y mecenas. Y él era el Gran Jefe.

Marty Johnson estaba sentado en el tercer lugar, a la derecha de Wilson.

—¿Qué ocurre? —preguntó Douglas Wilson mirándome a mí y a los hombres que me acompañaban.

Entonces se levantó el tipo que estaba enfrente de Marty

Johnson y se volvió hacia nosotros.

Lo reconocí al instante por haberlo visto muchas veces fotografiado en los diarios. Era Lupo Sorrento.

—Me he permitido prepararle una sorpresa, señor Wilson —dijo.

Marty Johnson empezó a enrojecer.

Sorrento me señaló con el dedo.

—Este hombre trae la prueba de que Marty Johnson ha estado preparando nuestra muerte, señor Wilson.

—¡No! —gritó Marty—. ¡Es una sucia mentira!

Sorrento soltó una risita.

—Ya se lo advertí la última vez, señor Wilson. Johnson ha venido organizando desde hace meses su golpe de Estado. No se contentaba con ser un miembro del sindicato, él necesitaba ser la cabeza de todos, ocupar ese sillón.

Sorrento apuntó a Wilson.

Marty Johnson estaba tan asustado que todavía no me había dirigido una sola mirada. Sólo tenía ojos para Sorrento y para Wilson. Ahora sacó un pañuelo del bolsillo y lo pasó por la frente enjugándose el sudor.

Los ojos de Wilson cobraron un nuevo brillo.

—Trae ese maletín, Sorrento —ordenó.

Johnson tartamudeó.

—¡Es falso! ¡Completamente falso! —se puso en pie y derribó la silla.

Los hombres de Sorrento que me habían acompañado hasta allí apuntaron a Johnson con sus pistolas.

Se hizo un silencio y luego Sorrento vino hacia mí y me despojó del maletín, que dejó sobre la mesa, ante Wilson.

Fue entonces cuando Johnson desvió sus ojos hacia mí.

—¡Maldito sea, Blake! ¿Qué es lo que ha hecho? ¿Dónde están mis muchachos?

—¡Silencio! —gritó Wilson—. Abriremos este maletín cuando ese hombre haya salido de aquí. ¡Llévenselo!

Uno de los verdugos me apuntó con la pistola.

—Vamos, tipo vivo. Se acabó la audiencia.

Me volví y eché a andar hacia la puerta. Los dos gorilas vinieron tras de mí.

—Eh, Luke —dijo Sorrento.

Luke se volvió.

—¿Qué quiere, jefe?

—Liquida a Blake. No hace falta que lo hagáis fuera. Esta casa es un buen lugar.

—Sí, patrón.

Salimos al vestíbulo y Luke cerró la puerta. Yo me detuve rascándome el cogote.

—Hay una cosa que no comprendo.

—¿Qué es lo que no comprende? —preguntó Luke.

—¿Cómo se enteró vuestro jefe de que yo iba a traer ese maletín?

—Leo Arden, el vigilante de Gladys Brean, nos habló de cierta conversación que había oído entre la pelirroja y Galiano. Sorrento sólo ha hecho que daros cuerda a ti y a Johnson.

—Todos sois muy listos.

—Se acabó la cháchara. Vamos, muchacho, te llegó la hora.

En aquel instante oí la voz estrangulada de Marty Johnson y el ruido de una carrera.

—¡No haga eso, Wilson! ¡No lo haga!

Sonaron dos estampidos y luego la puerta se abrió y en el hueco apareció Marty con los ojos muy abiertos. Le habían disparado por la espalda.

Dio un paso apoyándose en el marco y mirándome muy fijo dijo:

—Ese…, no es el maletín… No lo es, Blake.

Y entonces sobrevino la explosión.

Marty salió lanzando hacia nosotros por efecto de la onda y chocó contra Luke y el otro fulano derribándolos.

Las paredes de la casa trepidaron y la habitación cercana se llenó de un humo espeso.

Yo me arrojé al suelo para atrapar la pistola que se le había caído al compañero de Luke. La tomé rápidamente y cuando Luke se disponía a disparar sobre mí, le metí un proyectil en la boca.

El otro tipo había quedado privado del conocimiento

La puerta de la casa se abrió dando paso a un enjambre de monos aterrorizados.

Empecé a disparar porque estaba curado de espanto y ellos empezaron a caer.

A lo lejos se oyó una sirena policíaca.

—¡Eh, muchachos —dijo una voz desde fuera—, yo me voy!

Luego siguieron pasos precipitados que fueron perdiéndose a lo lejos.

Me puse en pie y fui a la habitación donde se reunía la convención del Sindicato del Crimen. Quedaba muy poco de aquellos tipos. Unos estaban despanzurrados y a otros les faltaban partes importantes de su cuerpo, pero todos estaban muertos. Bien muertos.

* * *

Por la ventanilla del avión eché una mirada a la ciudad de Los Ángeles.

Todo había quedado aclarado. Galiano antes de morir en el hospital, confesó sus crímenes. La policía de seis Estados estaba utilizando el contenido del maletín de Marty Johnson que yo había dejado en el coche. Mucha gente estaba siendo detenida en todo el país.

Y el Gran Pulpo había sido exterminado, aunque bien sabía que en estos instantes otro estaría naciendo.

En muy pocos días otros desalmados ocuparían el lugar de los Wilson, los Johnson y los Sorrento. Esa era la vida. Una continua lucha entre el Bien y el Mal y servía un poco de consuelo el saber que el Bien podía ganar muchas veces.

—¿En qué piensas, Jerry? —dijo una voz a mi lado.

Me volví hacia ella, y ella era mi rubia, Judy.

—En ti y en mí —le mentí.

—¡Oh, Jerry, eres maravilloso! ¿No viste la cara de satisfacción de Eva y Ralph cuando nos han despedido? Estoy segura de que ellos también van a ser felices.

—Ellos también —repetí.

Y esto quería decir que Judy daba por descontado lo estupendo que nos iba a ir a nosotros. Le pasé la mano por los hombros y la atraje contra mí, y mientras dejábamos atrás las últimas casas de Los Ángeles, nuestras bocas estuvieron unidas por un prolongado beso.

FIN